FANTASMAS DE FEAR STREET
¿QUIERES SER INVISIBLE?
R. L. STINE




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

¿Quieres que te cuente sobre el peor día de mi vida, esa clase de día en que deseas que te trague la tierra?

Ojalá le hubiera pasado a otra persona. Pero no, la víctima fui yo y nadie más.

Todo empezó a la hora del almuerzo. Tendría que haberme imaginado que sería un mal día cuando vi el mazacote grisáceo servido en mi plato.

Era budín de carne.

Yo esperaba comer pizza o pollo, cualquier cosa menos budín de carne.

-¡Qué bueno! ¡Mi comida preferida! -dijo Connor, mi mejor amigo, que estaba detrás de mí.

Connor es capaz de comer cualquier cosa; asqueroso. Yo sacudí la cabeza mientras la fila avanzaba.

-No puedo creer que estés tan contento porque hay budín de carne. ¿De qué planeta vienes?

Connor se encogió de hombros y se aparta el largo flequillo rubio de la cara.

-Del planeta del hambre. Es hora de almorzar, y estoy famélico.

Nadie entiende cómo podemos ser tan amigos. Connor es treinta centímetros más alto que todos los otros chicos de séptimo grado; yo soy treinta centímetros más bajo. Él tiene pelo rubio y lacio; el mío es castaño y enrulado. El es un genio en Matemática; a mí me va mejor en Lengua. Para él, todo tiene una explicación lógica; yo no coincido: creo que la vida guarda muchos misterios.

Lo que pasa es que yo vivo en la calle Fear; creo en los vampiros, los fantasmas y los monstruos. En esa calle, siempre ocurren fenómenos extraños, sobrenaturales. Conozco gente que ha visto fantasmas y cosas peores.

Por eso, yo tomo ciertas precauciones. Los chicos se burlan de mí,. pero no saben las historias que he oído yo.

Tengo una pata de conejo en mi llavero, y una bala de plata falsa que compré en una feria. No creo que un lobizón se dé cuenta de que es falsa; bueno, al menos, eso espero.

También llevo un anillo de la suerte. De todos mis amuletos, es el que más me gusta. Es de plata auténtica y tiene forma de araña: las patas me envuelven el dedo, y los ojos son dos piedritas negras y brillantes. Lo tengo hace tanto tiempo que ya ni recuerdo dónde lo compré.

Cuando alcé la bandeja del almuerzo, me vi el dedo.

Tendría que haberme dado cuenta en ese preciso instante: estaba claro que iba a tener un día terrible.

Me había olvidado en casa el anillo de la suerte.

Mientras salía de la fila, miré el budín de carne, que destilaba un líquido oscuro y espeso; supongo que era jugo, pero se parecía más a un vómito de mi gato.

Recorrí el comedor con la vista buscando un buen lugar, y vi que, al fondo, había una mesa vacía. Le hice un gesto a mi amigo para que me siguiera.

-Allí atrás, al lado de la ventana. Empecé a caminar hacia esa mesa mientras seguía buscando una que estuviera más cerca. Cuando la encontré, me frené de golpe.

Y, en ese momento, empezaron los problemas.

Connor me chocó de atrás con la bandeja, y yo me tropecé. Mi plato se convirtió en un platillo volador; horrorizado, observé cómo daba vueltas por el aire en cámara lenta, manchándome toda la ropa con el jugo.

El plato siguió girando; iba directamente hacia un comensal desprevenido: el profesor Lincoln.

El profesor estaba sentado a la mesa que quedaba justo frente a mí. Abrió los ojos con horror cuando vio el proyectil que se le acercaba

El plato aterrizó –iplaf!- en medio de su camisa.

El budín de carne se le cayó a la falda.

El profesor se paró y me miró, furioso. Tenía puré pegado en los botones, y de la manga izquierda le goteaba un jugo oscuro y espeso. El budín de carne se resbaló de sus piernas y fue a parar al piso.

-Por... por favor, disculpe, señor -tartamudeé.

La cara se le había puesto colorada como un tomate; parecía que estaba a punto de explotar. Sin decir una palabra, salió zumbando del comedor.

Todo el mundo se moría de la risa; hasta Connor contuvo una carcajada. Claro que se agachó de inmediato para ayudarme a recoger el plato y los cubiertos.

Alguien empezó a aplaudir. Yo me di vuelta para ver quién era.

Ah, genial, era Frankie Todaro. Frankie siempre se anda pavoneando como si fuera el rey de la escuela.

-Meyers, ¿por qué no lo haces otra vez?

Todos los que estaban en la mesa de Frankie se rieron con más ganas todavía, incluso las chicas. Penny Morris no me importaba demasiado; después de todo, es insoportable y nos odiamos desde jardín de infantes. Pero, ¿por qué tenía que estar Brittany Carson?

Brittany tiene pelo castaño, largo, y ojos azules. A veces, me parece que yo le gusto.

Pero en ese momento, lo único que podía pensar era: ¡por qué no seré invisible!

Huí hacia el fondo del comedor, donde me esperaba mi amigo, y me desplomé en una silla frente a él.

-Miralo de esta forma, Jack: este año no tienes al profesor Lincoln, y, el año que viene, seguramente ya se habrá olvidado de lo del budín -razonó Connor.

Yo miré mi plato y suspiré. Sólo me quedaba un poco de puré. Odiaba el budín de carne, pero tenía un hambre que me moría, así que fui a servirme más.

Cuando volví a la mesa, Connor ya había terminado de comer. Se levantó para limpiar la bandeja, y yo pinché un trozo de carne con el tenedor.

-¡Noooo, espera, no me comas! -chilló una voz extraña.

Ahogué un grito y solté el tenedor.

¿Estaba imaginando cosas? ¿Sería posible que el budín de carne me hablara?

Toqué la carne con el dedo.

-¡No, no me comas! -imploró la voz.

Me quedé boquiabierto. Miré a mi alrededor, preguntándome si alguien más oía lo mismo, pero al parecer nadie se había dado cuenta.

La voz siguió hablando. Era una voz misteriosa, como la de una mujer muy, muy vieja:

-Hace mucho tiempo, yo era la cocinera de este lugar, pero me convirtieron en un budín de carne. ¡No me comas! ¿Me ayudaras a vengarme?

Pestañeé, sin poder dar crédito a mis oídos. ¿Cómo era posible que nadie más lo oyera? Tal vez, el budín de carne fantasma los había hechizado a todos. ¿Tendría que responderle?

¿Realmente tenía que responderle a un budín de carne?

-¡CONTÉSTAME! -gritó la voz.

-¡Ahh! -Pegué un salto, espantado. Entonces, una luz brillante relampagueó, y yo me di vuelta.

Mike Burger estaba parado detrás de mí con una cámara Polaroid en la mano. A su lado, Roy, el tonto de su hermano, también se reía.

-¡Te pesqué! -gritó Mike.

Si a los chicos se los calificara por ser matones, Mike y Roy Burger se sacarían un diez. Son los dos enormes, y les encanta molestar a los que son los más bajos del grado. Es decir, a los que son como yo.

Connor volvió a la mesa.

-¿Qué pasa?

Todos empezaron a reírse otra vez.

Sentí que alguien me palmeaba la espalda, y me di vuelta lentamente: era Penny Morris, mi peor pesadilla.

Tenía un walkie-talkie en la mano. Apretó un botón y dijo con voz tenebrosa:

-Jack, ¡soy el fantasma de la cocinera! ¡No te me escaparás!

Me dio la impresión de que la voz venía de abajo del plato, y toqué la mesa. Debajo había algo pegado.

Cuando lo saqué, me di cuenta de que no era un fantasma, sino otro walkie-talkie. Un walkie-talkie viejo, no más.

Con la cara roja de vergüenza, miré a Penny, indignado.

-No puedo creer que hayas caído, Jack -se burló ella-. Todo el mundo sabe que crees en los fantasmas y otras idioteces, pero un budín de carne embrujado ya es demasiado, ¿no te parece?

Mike Burger tomó una chaucha de un plato y la agitó delante de Roy.

-¡Te atraparé, Roy -gritó-. ¡Te perseguiré en tus sueños y serás mío!

-¡Ah, no! -Roy juntó las manos en señal de súplica-. ¡Por favor, no me haga daño señora Chaucha! ¡Se lo pido por favor!

Mike sacó la foto de la cámara y se la mostró a todos los chicos.

Ahí estaba yo: con los ojos desorbitados a causa del miedo y manchado de jugo de pies a cabeza.

Nunca había puesto una cara más estúpida.

-¡Dame eso! -chillé. Intenté arrebatarle la foto a Mike, pero era demasiado alto para mí.

Los hermanos Burger salieron del comedor a las carcajadas, y Penny me hizo una mueca.

-¿Cuándo vas a aprender que los fantasmas no existen? -me preguntó.

Di un paso hacia adelante y la miré fijamente a los ojos.

-¡Ya vas a ver, Penny! ¡Mañana me las pagarás!

-Ay, mira cómo tiemblo. Qué lástima que tu pobre intento de venganza tenga que esperar. Mañana no vengo a la escuela; creo que estoy a punto de enfermarme. -Dio media vuelta y se fue, sacudiendo sus bucles pelirrojos.

Yo me desplomé sobre una silla y puse la cabeza entre las manos.

-Dios mío, ¡éste es el peor día de mi vida! -gemí-. Seguro que todos me están mirando, ¿no?

-Bueno, todos no -respondió Connor. Suspiré.

-¡Ah! ¡Cómo me gustaría volverme invisible!

-¡Jack! -exclamó mi amigo.

Yo levanté la cabeza.

-¿Qué pasa?

Connor miraba el vacío con una expresión en la cara que me puso la piel de gallina.

-¡Jack! ¡Jack! ¿Dónde estás?

-¿Cómo, dónde estoy? ¡Aquí! ¿No me ves?

-¿Dónde?

-¡Aquí! -dije, haciendo señas con las manos.

Pero Connor no me veía.

-Se cumplió tu deseo -susurró-, se cumplió tu deseo.

-¿Qué?

-Jack -anunció Connor con tono solemne-, te volviste invisible.

## 2

¿ Invisible, yo?

De pronto se me secó la boca. ¿Cómo podía ser?

Me puse las manos delante de los ojos: todavía podía verlas.

Me miré los pies: aún estaban en su lugar.

-Yo me veo -susurré-. ¿Estás seguro de que no me ves, Connor? ¿Ni siquiera un poco?

Connor encogió los hombros con un movimiento brusco y lanzó un extraño resoplido. Yo lo observé. ¿Qué le sucedía? ¿Le estaba dando un ataque de algo?

Después, estalló en carcajadas.

-¡Ay! ¡Dios! -dijo casi sin aliento-, ¡cómo te hice caer!

-Ja, ja, qué gracioso que estás hoy -gruñí-. Basta, en serio.

-Perdón -se disculpó-, es que no pude resistirme. ¡Dios mío! ¡La cara que pusiste!

Lo miré con rabia y me levanté. -Muchas gracias, amigo.

-Ay, vamos, era una broma.

Devolví la bandeja del almuerzo. Tendría que irme con hambre, ya que no me sentía con ganas de volver a ver ese budín de carne.

Las cosas empeoraron después del almuerzo.

Connor y yo caminábamos por el pasillo para ir a clase, cuando vi que había unos papeles pegados en los casilleros.

Me acerqué a uno de ellos para verlo mejor, y el corazón me dio un vuelco. No podía ser.

Seguro que los hermanos Burger habían entrado a hurtadillas en la sala de fotocopias, porque habían hecho miles de copias de esa estúpida foto del comedor.

Las copias eran de todos los tamaños imaginables, y estaban pegadas por todas partes. En la puerta del baño, en los casilleros, en el bebedero. Dondequiera que mirara, veía mi cara de idiota.

¡Estoy listo! Toda la escuela va a pensar que soy un tarado.

-Qué barbaridad, estos chicos no se cansan nunca -señaló Connor, sacando una de las copias de un armario.

-¡No puedo creerlo! ¡Esto es una verdadera pesadilla! ¡Tenemos que despegarlas todas! -grité.

Corrí de casillero en casillero arrancándolas.

Connor quitó la foto que había en la puerta del baño de varones.

-Voy a ver si hay más adentro.

Volvió con un puñado de fotos. Las hicimos un bollo y las tiramos a la basura.

-A lo mejor no las vio nadie -sugirió mi amigo.

-¿Me estás tomando el pelo? ¡Si estaban por todos lados!

Entonces, me di cuenta. ¡El baño de las chicas! Seguro que estaban pegadas ahí también.

Corrí hacia allá y después me detuve. Un momento. ¡No podía entrar en ese baño!

Karen Harris y Brittany Carson abrieron la puerta, me miraron y se echaron a reír.

Otro papelón con Brittany.

Cuando ellas se alejaban por el pasillo, yo di un puñetazo contra uno de los armarios.

-No te pongas así, Jack. Penny y los hermanos Burger no valen la pena. Vamos a clase -me tranquilizó mi amigo.

Segui caminando cabizbajo por el pasillo, arrancando todas las fotos que veía a mi paso.

Cuando entré en el aula, los chicos se me acercaron y me palmearon la espalda.

-Muy linda la foto, Jack -me dijo Kirk Russ.

-¡Sí! ¡Voy a hacer enmarcar una! -gritó Andrew Griffin.

Yo miré a mi alrededor. Cuando avancé hacia mi banco, Brittany levantó la vista, pero después, volvió a bajarla rápidamente.

No podía culparla por pensar que yo era un fracasado.

Me senté y fingí que leía el libro de lectura, pero lo único que podía pensar era: ¡quiero que este día se termine de una vez!

Me toqué el dedo buscando mi anillo de la suerte, pero después me acordé de que me lo había olvidado en casa.

-Bueno, ¡a ver si hacen silencio! -dijo la señorita Beamus, que es una de esas maestras estrictas que nunca se ríen.

Golpeó el escritorio con su regla hasta que todo el grado se quedó callado. Después, copió un problema en el pizarrón.

-¿Quién quiere pasar a resolverlo? Connor levantó la mano de inmediato, pero la maestra no le prestó atención porque él siempre sabe las respuestas.

Yo miraba mi libro, rogando que no me llamara.

-¿Quieres pasar, Jack?

-¿Eh? -balbuceé. Genial.

-¿Por qué no pasas a hacer el problema en el pizarrón? -preguntó con firmeza.

¿No se daba cuenta de que yo ya había sufrido demasiada humillación ese día? Además, todavía tenía la camisa manchada por el accidente con el profesor Lincoln.

Me levanté despacio. En el aula, reinaba un silencio total.

-Es fácil -me susurró Connor.

Claro, para él era fácil.

La señorita caminó hasta el fondo del salón.

Yo miré el problema.

Y lo seguí mirando.

No tenía ni idea de cómo resolverlo.

No podía volver a mi asiento sin hacer nada, así que tomé una tiza y traté de garabatear unos números. Tenía los dedos tan transpirados que la tiza se me resbaló de la mano.

Me agaché para levantarla y oí que alguien murmuraba:

-¡Soy el fantasma de la tiza! -Algunos chicas largaron unas risitas.

Podría haber jurado que Brittany era una de ellas.

-Ésa no es la respuesta correcta, Jack. ¿Por qué no lo intentas otra vez? -dijo la maestra.

¡Otra vez! ¿Era un chiste? ¿Por qué pensaba que con otro intento podía resolverlo?

Por millonésima vez, o así me parecía, deseé volverme invisible.

Esfumarme, así nomás.

Me sequé las gotas de sudor que me corrían por la frente con la manga de la camisa, y volví a intentar, sin suerte.

Miré a la maestra y me encogí de hombros:

-No sé hacerlo -confesé.

La señorita Beamus sonrió con desdén.

-Si prestaras más atención en clase, podrías hacerlo, Jack.

Me quedé parado frente al pizarrón, mirando el piso. No había ninguna duda: éste era el peor día de toda mi vida.

Tenía que vengarme de Penny, de Mike y de Roy.

Tenía que demostrarles a los chicos de séptimo grado que no era ningún inútil.

Cuando volvía caminando a casa con Connor, seguía repasando mentalmente los acontecimientos del día. Mi amigo trataba de animarme:

-Ya sé que tuviste un día de perros, pero trata de olvidarlo.

-¡Ah, claro! Para ti es muy fácil decirlo

-repliqué-. Tú no le tiraste el almuerzo encima al profesor LincoIn, ni tuviste una conversación con la comida. Y, además, puedes resolver cualquier problema de Matemática. Connor puso cara de ofendido.

-Primero, yo miro siempre por donde camino; segundo, Penny y esos dos lo pensarían dos veces antes de hacerme esa clase de chistes...

-Claro -interrumpí-, ¿vas a decirme que no te lo habrías creído igual que yo?

-Yo habría buscado una explicación lógica -replicó él-. Tienes que dejar de ser tan miedoso con las cosas sobrenaturales. Todos saben que eres blanco fácil para las bromas.

-Tú y tu lógica -mascullé.

Pero sabía que Connor tenía razón. Yo tenía que sacarme la fama de gallina.

Tenía que parecerme más a Connor- pensar, antes que asustarme.

-Muy bien -le dije-. A partir de este momento, comienzo una nueva vida. ¡El nuevo Jack Meyers no cree en los fantasmas!

Connor me dio una palmada en la espalda.

-¡Excelente! Entonces, cortemos camino por el cementerio; es mucho más rápido.

Me paré en seco y lo miré con los ojos desorbitados.

-¿Estás loco? Nadie cruza por ahí, a menos que esté demente.

Connor estaba tratando de ponerse la mochila sobre la cabeza y lograr que no se le cayera. Se detuvo un instante, la mochila se le resbaló y tuvo que sujetarla en el aire. Después, me miró.

-¿No era que el nuevo Jack Meyers no creía más en los fantasmas?

Tragué saliva.

Seguramente, todas esas historias sobre la calle Fear no eran nada más que eso, historias. Los chicos como Penny las inventaban para asustar a la gente, ¿no?

El cementerio quedaba a unos pasos. De sólo mirarlo, se me ponía la piel de gallina. Una densa niebla gris giraba en remolinos alrededor de las lápidas. Parecía una imagen salida de una vieja película de terror.

Yo vacilé un instante:

-No sé...

-No seas gallina -me dijo Connor.

Una de las cosas que más odio en la vida es que me llamen gallina.

-Bueno, está bien, vamos -acepté. Observé el cementerio silencioso. La niebla se hacía cada vez más densa.

A lo lejos, se oyó un aullido.

Se me hizo un nudo en el estómago, y un extraño escalofrío me corrió por la espalda.

A lo mejor no era tan buena idea ir por ahí.

-Entremos. -Connor abrió el portón de hierro. -Voy a probarte que los fantasmas no existen.

Yo me encogí de hombros.

-Está bien -dije, tratando de que no me temblara la voz-, entremos.

## 3

El silencio era sepulcral.

La niebla era tan espesa que apenas me dejaba ver por dónde caminaba.

-Con esta niebla, me siento realmente invisible -murmuré.

Los pies se me hundían en la tierra; parecía que algo me tironeaba hacia abajo, como si un muerto quisiera arrastrarme hasta su tumba.

Empecé a respirar con dificultad. Me caían gotas de sudor por los costados de la cara.

¿Por qué había dejado que Connor me llevara ahí?

Tropecé contra algo duro.

-¡Ay! -chillé. Miré para abajo, frotándome la pierna.

Me había llevado por delante una pequeña lápida. Era tan vieja que las letras se le habían borrado, pero pude leer el año de todos modos: 1823.

Unos árboles negros y retorcidos se alzaban de la tierra como si fueran dedos malignos. Algunas lápidas estaban rodeadas de flores marchitas.

Connor se paró en medio del cementerio y miró a su alrededor.

-¿Ves? No hay ningún fantasma. Es un viejo cementerio, nada más.

-Bueno, ya me lo probaste. -Le tironeé el abrigo. -Ahora vamos, que estoy apurado.

Y aterrorizado, además. Claro, que no quería que Connor se enterara de eso.

-¡Mira esa vieja tumba! -gritó, señalan- do una construcción que había frente a nosotros-. Es como una casa.

-Se llama panteón. Mi abuelo estaba enterrado en uno así.

El panteón se alzaba por encima de la niebla. Era una enorme construcción de color gris, más grande que mi cuarto. Una escalinata de piedras gastadas conducía a una puerta, también de piedra.

Tenía un aspecto de lo más siniestro.

-¿Qué habrá adentro? -preguntó Connor.

Me encogí de hombros.

-Supongo que muertos.

-Qué bueno -murmuró mi amigo.

En ese preciso momento, por el rabillo del ojo alcancé a ver algo que se movía. Me di vuelta y recorrí el cementerio con la vista, buscando con desesperación.

No había nadie.

Al menos, nadie que yo pudiera ver. Pero tenía la extraña sensación de que unos ojos me observaban, me clavaban puñales con la mirada.

-¿Qué te sucede? -me preguntó Connor.

-Nada, es que...

Oí un crujido a mis espaldas. ¿Alguien acechaba en la oscuridad?

-¿Quién anda ahí?

Mi amigo me miró como si estuviera loco.

-Yo no oí absolutamente nada.

Volví a oír el mismo crujido. Parecía que alguien caminaba sobre hojas secas.

Miré a mi alrededor, nervioso.

¿De dónde venía ese ruido?

-¡Jack! ¡Cuidado! -gritó Connor.

Me di vuelta en el preciso instante en que una enorme criatura negra se abalanzaba sobre mí.

## 4

La criatura me tiró al suelo. Sentí su aliento caliente en la cara.

Cerré los ojos con fuerza.

-¡Déjame en paz! -grité, empujando a la criatura hacia un costado.

Se cayó sobre las hojas y gimió.

Yo abrí los ojos.

¡Era un perro! Un perro negro, enorme y mugriento que, muerto de miedo, dejó escapar otro aullido más fuerte.

Después, se perdió en la niebla.

Connor corrió hacia mí.

-¿Estás bien?

-Sí, me sorprendió, nada más. -Miré en la dirección en que había escapado el perro, frotándome el pecho, donde me había golpeado.

-Algo lo asustó -comentó Connor-. ¿Qué puede haber sido?

-Salgamos de aquí; este lugar me pone los pelos de punta -susurré.

Me acomodé la mochila sobre los hombros, y empecé a caminar hacia el otro extremo del cementerio.

-Espera. Quiero echar un vistazo a ese panteón.

El corazón me dio un vuelco. ¿Por qué Connor tenía que tentar al destino?

Había algo en ese cementerio, observándonos, acechando, espantando a los perros.

Yo quería irme a casa lo más rápido posible, ¡y a Connor se le ocurría inspeccionar un horrible panteón lleno de muertos!

-Te prometo que es un segundo, nada más. Subió los escalones, y después se detuvo a mirar algo cerca de la puerta.

Yo lo esperaba con el corazón en la boca.

-Vamos -murmuré, pateando el suelo para calentarme los pies.

No hacía tanto frío más temprano. Cuando salimos del colegio ni siquiera había tenido que abrocharme el gabán.

Pero, por alguna razón, el cementerio estaba helado.

Connor no se movió. Me hizo un gesto para que me acercara.

-Mira esto.

-¿Qué es?

-Ven, tienes que verlo -insistió.

Connor es muy terco cuando se lo propone. Yo sabía que hasta que no subiera a ese estúpido panteón no íbamos a salir de ahí. La otra alternativa era dejar a mi amigo y cruzar el cementerio solo, pero eso no lo iba a hacer ni loco.

Respiré profundamente y subí los escalones.

Connor me señaló una figura tallada en la puerta de piedra. Era la cara de una chica. Debajo de ella, había un extraño poema:

"Espero desde hace siglos,
encerrada en esta piedra.
Para esta tortura eterna,
sólo existe una salida:
si me besas en los labios,
puedo volver a la vida."

El viento aullaba entre los árboles y me erizaba la piel.

No podía moverme. Me quedé mirando esa cara hermosa, de ojos tristes. ¿Cómo podía parecer tan real una figura tallada en piedra?

-¿Y? ¿Por qué no le das un beso? -bromeó Connor.

-¿Qué? -Casi me había olvidado de que él estaba conmigo.

-Que le des un beso.

-Eso es lo más estúpido que me pediste en la vida -mascullé.

-¿Qué pasa? ¿Acaso tienes miedo de que se cumpla lo que dice el poema?

Volví a leer los versos. ¿Y si era verdad? ¿Y, si al besar la piedra, traía a la vida a algún horrible ser?

¿Y si alguien me veía?

¡Pensaría que soy un estúpido! ¡Cómo voy a besar una piedra!

Miré a Connor con desconfianza.

-Espera un momento. ¿No estarán los hermanos Burger esperando que yo bese la piedra para sacarme una foto?

-¡Por Dios, Jack! ¡Yo soy tu mejor amigo! Tenía razón. Él podía hacerme una broma, pero jamás me tendería una trampa para hacerme pasar vergüenza.

Largué una carcajada. La situación era de lo más ridícula. Además, Connor se había empecinado otra vez. Sólo había una forma de hacerlo salir del cementerio.

No me quedaría más remedio que besar la cara de piedra.

-Vamos -insistió-, ¿te olvidas de que eres el nuevo Jack Meyers? Si lo haces, me daré cuenta de que ya no tienes miedo.

-Bueno, está bien. -Revoleé los ojos. -Aquí voy.

Me acerqué a la piedra y, un segundo des- pués, me detuve.

¡Esto era una estupidez!

Miré a Connor, y él me devolvió una mirada ansiosa.

No podía creer que realmente quisiera verme besar una piedra. Pero yo tenía que ser el nuevo Jack Meyers, el que no le tenía miedo a nada.

Además, lo del beso no era muy aterrador; era un poco ridículo, no más.

Y yo ya estaba acostumbrado a hacer el ridículo.

Cerré los ojos con fuerza y contuve la respiración.

Mis labios tocaron los labios de piedra de la figura.

Abrí los ojos, sorprendido, y di un salto hacia atrás.

-¡Los labios! -dije sin aliento-. ¡Están tibios!

5

-iConnor! -grité, tomándolo del brazo-, ¡los labios están tibios!

Me estremecí. Aún podía sentir el contacto de la piel tibia en lugar de la fría piedra que yo esperaba.

-¿Qué? -Mi amigo me clavó la vista. -¡Que los labios estaban tibios! ¡Esa chica está viva! ¡Salgamos de aquí! Connor revoleó los ojos.

-Vamos, Jack. Sabes que no está viva. Ni siquiera es una chica, es una piedra tallada. ¡Mírala!

Hice el esfuerzo de mirar la cara.

Tenía que admitirlo: realmente parecía de piedra.

-Tócala -le susurré a Connor.

Él extendió la mano y tocó la mejilla de la chica.

-Está fría -me informó-, fría y dura. -Sacudió la cabeza. -El nuevo Jack Meyers, ¡ja!

Yo sentí que la cara se me ponía roja de vergüenza.

Otra vez lo mismo; otra vez me había portado como un idiota.

-Bueno, salgamos de aquí -dijo Connor por fin.

Bajamos los escalones y empezamos a caminar.

En, ese momento, oí un crujido que venía de atrás y me detuve.

-Parecía una puerta.

-Vamos, Jack -dijo Connor, impaciente. Por supuesto, él no había oído nada. Empecé a caminar de nuevo.

La única puerta que había por los alrededores era la puerta del panteón.

Pero adentro no había nadie que pudiera abrirla, al menos, nadie que estuviera vivo.

Empecé a caminar más rápido.

-¡Por favor! ¡Esperen! -llamó un voz. Esta vez, los dos la oímos: era una voz de chica.

Connor y yo nos detuvimos y nos dimos vuelta con lentitud.

Frente al panteón había, en efecto, una chica

La miré y me quedé boquiabierto. Ella nos llamó con una mano larga y blanca.

Parecía de nuestra edad, tal vez un poquito más grande.

Y su cara era casi idéntica a la cara de piedra que yo había besado.

Abrí la boca para decir algo, pero no pude pronunciar ni una palabra.

-¡Es ella! -murmuré por fin.

Se deslizó hacia nosotros. El viento hacía que el pelo rubio le pegara en la cara.

Me clavó la vista: tenía los ojos de color azul oscuro, igual que su vestido de terciopelo. No dijo nada; sólo me miró fijamente con esos ojos tristes.

¿Quién era? ¿De dónde venía? ¿Sería un fantasma?

Di un paso hacia atrás, con ganas de salir corriendo.

Quería correr lo más rápido posible sin mirar para atrás, pero tenía los pies clavados al suelo.

-¿Qué quieres? -le preguntó Connor.

Ella sonrió.

-Mi nombre es Luana. Vengo de un tiempo y un espacio diferentes -dijo con calma.

Volvió a mirarme a los ojos, y se me erizó la piel.

Pero no pude decir ni una palabra.

-Hace muchos siglos, mi familia servía a un poderoso y maligno hechicero --continuó ella. Después, hizo una pausa y se quedó pensativa.

Connor me codeó.

-Sí, seguro, y yo vengo del planeta Plutón -me susurró.

Luana volvió a mirarnos.

-Por favor, no hagan bromas. Hablo en serio -dijo con firmeza.

-Disculpa. -Connor la miró con paciencia, como me miraba a mí cuando pensaba que yo estaba diciendo una estupidez. -Sigue contando.

Luana prosiguió.

-El malvado hechicero me pescó un día en su preciada biblioteca, leyendo sus libros de hechizos, y se puso furioso. Los secretos de su magia no eran para una sierva como yo.

Interrumpió el relato para tomar aliento. Yo miré a mi amigo, sin saber qué creer.

Él todavía tenía el gesto de paciencia en la cara. No creía nada de lo que oía.

-Entonces, el hechicero me encerró en esta tumba -continuó ella, señalando el panteón- para que me quedara eternamente ahí adentro, hasta que alguien rompiera el hechizo con un beso.

"Gracias -agregó-. Me salvaste de vivir una eternidad hecha piedra -dijo, y me tendió la mano.

Yo no quería tocarla; no quería saber nada de ella. Toda esa historia me resultaba demasiado siniestra.

Pero ella seguía con su mano tendida, así que terminé dándole un ligero apretón.

Sentí que su mano estaba tibia. No había dudas de que la chica era real; no era ningún fantasma. Suspiré aliviado.

-Ahora necesito que me ayuden otra vez. Por favor, ayúdenme a volver con mi familia, se lo suplico.

Connor me codeó.

-Vamos, Jack, salgamos de aquí. -Después le lanzó a Luana una mirada furiosa. -Seguro que este estúpido truco lo armaste con los hermanos Burger, o con Penny.

-¡No es un truco! -gritó ella-. Y no conozco a nadie que se llame Penny ni Burger. Por favor, créanme.

-Vamos, Jack -insistió Connor, y me agarró del brazo.

Yo me solté.

-No sé... -Miré la cara tallada en la puerta. -Esa cara tallada es la de ella.

Connor volvió a agarrarme del brazo.

-No es ella. Podría ser la cara de cualquier chica. Vamos.

Luana me miró con sus ojos tristes, y tuve la sensación de que podía leer mis pensamientos.

-Esto es una tontería. Yo me voy -masculló Connor, y empezó a caminar.

Corrí para alcanzarlo.

-¿Y si dice la verdad? -pregunté en voz baja-. Salió del panteón.

Mi amigo no dejó de caminar.

-,Jack, no tienes remedio. ¿Viste cuando se abría la puerta?

-No -admití-, pero oí un ruido...

-Pero no lo viste -me interrumpió-. Te digo que nos siguió hasta aquí. Sólo esperaba una oportunidad de jugarte una broma. ¡No te lo creas!

Suspiré. La explicación de Connor tenía sentido.

-Supongo que tienes razón -acepté por fin.

Seguimos caminando. Estábamos por llegar al portón del cementerio cuando oí que alguien nos venía corriendo.

-¡Esperen! -nos llamó Luana-. Si me ayudan, tal vez yo pueda devolverles el favor.

Me di vuelta. ¡Esta extraña chica ya me tenía cansado!

-¿Y qué harías? -dije con voz burlona.

Connor se cruzó de brazos.

-Sí, ¿qué harías?

-Tengo poderes -,dijo Luana sin aliento-. Aprendí muchos trucos cuando entré a escondidas en la biblioteca del hechicero, trucos que a ustedes les pueden interesar.

-Mira --empecé a decir-, todo esto parece muy interesante, pero...

Ella siguió hablando:

-Puedo convertir a las piedras en agua; puedo hacer llover, puedo volver algo invisible, hacer volar a un perro...

-¡Sí, seguro! -Me reí. Hasta yo me daba cuenta de que mentía. ¡Imposible que pudiera hacer todas esas cosas! -Ya sé. Hoy estuve deseando ser invisible todo el día. Si tienes tantos poderes, ¿por qué no me vuelves invisible?

Luana se encogió de hombros.

-Está bien. ¡Te haré invisible!

## 6

-Los haré invisibles-. Es fácil -nos dijo Luana.

¡Parecía muy segura! Por un segundo, le creí. ¿Sería verdad?

¡No podía ser! El nuevo Jack Meyers no se tragaba cualquier cosa, recordé. Sabía aceptar una broma, pero tampoco era ningún tonto.

-Bueno, Luana -la desafié-. Estamos listos. A ver, haznos invisibles a los dos.

-De acuerdo -dijo ella con serenidad. Levantó la cara mirando al cielo y cerró los ojos. Yo veía que sus labios se movían, pero de su boca no salía ni una palabra.

Se había puesto muy seria. De nuevo, me invadió la duda.

¿Era posible? ¿Realmente podía hacernos invisibles?

Connor se inclinó hacia mí.

-Está loca -me susurró al oído-. Creo que en serio piensa que tiene poderes mágicos. Vámonos de aquí. -Abrió el portón oxidado del cementerio.

De pronto, Luana abrió los ojos.

-Mañana serán invisibles, pero sólo hasta que se ponga el sol. Recuerden eso.

Connor ya había pasado la puerta.

-Sí, como tú digas -respondí rápidamente-. Ah, ¡gracias!

Salí corriendo para alcanzar a mi amigo.

-Esa chica era muy extraña -comenté. -Sí, parecía salida de una película de terror.

Pero, en el fondo, seguía dándome vueltas la misma idea:

Y si...

Durante la cena, me quedé pensando en todo lo que me había pasado ese día: el papelón en el colegio, esa chica tan rara que habíamos visto en el cementerio.

-Eh, astronauta, baja a la tierra -dijo Carrie, mi hermana mayor, y me tiró una servilleta en la cara.

-Carrie, ¿por qué no dejas a tu hermano en paz? -dijo mamá sin demasiada energía.

-Míralo, mamá, parece un zombi.

-Basta -mascullé-. No tengo ganas de estar todo el día hablando estupideces.

Mi hermana me miró con furia. Mientras levantábamos la mesa, sonó el teléfono. Contestó Carrie y, cuando yo salí de la cocina, me tiró el inalámbrico.

-Es tu amigo Connor, el fracasado.

-¿Y? ¿Todavía no te hiciste invisible? -bromeó Connor cuando atendí.

-Bueno, acuérdate de que el hechizo no tiene efecto hasta el amanecer. -Le seguí la corriente. -Pero estoy preparado.

Hablamos un rato, pero después tuve que colgar porque Carrie no paraba de molestarme pidiéndome el teléfono.

Terminé de levantar la mesa, vi mi programa preferido de televisión e hice la tarea. Luego, me fui a dormir.

Acostado en la oscuridad, suspiré. Aunque sabía que ahora yo era el nuevo Jack Meyers, todavía deseaba poder hacerme invisible al día siguiente. Después de todo lo que había pasado, no sabía con qué cara iba a mirar a mis compañeros del colegio al día siguiente.

Tomé mi anillo, que estaba sobre la mesa de luz.

-Mejor que mañana me traigas más suerte -susurré.

Me lo puse para no olvidármelo al otro día.

Aunque ya no creía en los fantasmas, todavía era un poco supersticioso.

A la mañana siguiente, me sobresaltó la alarma del despertador. Me froté los ojos para despabilarme y me destapé.

Apoyé los pies descalzos en el piso helado, me puse las pantuflas y salí a los tumbos por el pasillo.

Cuando estaba por entrar en el baño, oí el despertador de Carrie. Entonces cerré la puerta del baño con llave para que ella no pudiera entrar.

Después, me planté al espejo.

¿Eh? Algo andaba mal. Quizá todavía tenía la vista nublada.

Me froté los ojos una y otra vez.

¡Eh! ¿Dónde estaba yo?

¡No me reflejaba!

¡No había una imagen mía!

Me miré el cuerpo.

No me veía los pies, los brazos, ni nada.

Me llevé la mano a la cara.

Parecía mentira, pero era verdad.

¡Me había vuelto invisible!

## 7

No podía creerlo. ¡Era totalmente invisible!

¡Luana realmente había hecho el truco!

Me miré el cuerpo otra vez, y sacudí el pie derecho: no lo veía.

Hice muecas frente al espejo, pero seguía sin ver nada.

Hiciera lo que hiciera, seguía siendo invisible.

Era demasiado genial para ser verdad. Entonces, me di cuenta.

¡Seguro que Connor también era invisible! Tenía que ir a buscarlo.

-Jack, ¡sal de ahí ya mismo! -gritó Carrie. Como todas las mañanas, empezó a golpear con el puño la puerta del baño.

-¡Vamos, Jack! ¿Por qué tardas tanto? ¡Eres peor que una nena!

Sentí que la boca se me curvaba en una sonrisa. Tenía una idea genial, una idea que haría que mi hermana se arrepintiera de haber dicho eso.

Me lavé la cara invisible y me cepillé los dientes invisibles, haciendo mucho ruido a propósito. Incluso hice gárgaras.

Éste iba a ser un gran día, un gran día invisible.

Carrie seguía gritando:

-¡Más vale que salgas de ahí antes de que cuente hasta tres! Uno, dos, tr..

Lentamente, abrí la puerta.

Carrie espió dentro del baño. Después, la cara se le puso roja de furia.

-¿Dónde te metiste, idiota? ¡Sé que estás aquí adentro!

Mi hermana caminó hacia la bañadera, y yo di un paso al costado. Luego, ella corrió la cortina de un tirón.

-No te hagas el gracioso, Jack. Sé que estás aquí adentro. Te oí cuando te lavabas los dientes. Vamos, sal de ahí o te mato.

¡Claro! Con tanta dulzura, yo iba a salir y todo.

Carrie se arrodilló, miró debajo de la pileta y después se paró, sacudiendo la cabeza.

-Ya verás -masculló.

Salí del baño en puntas de pie y fui hasta la habitación de mi hermana mientras ella se cepillaba los dientes. Cuando vi su muñeca de porcelana, se me ocurrió otra idea genial.

Jamás había entendido por qué tenía esa tonta muñeca vieja. Nunca jugaba con ella, ni siquiera cuando era chiquita. La tenía sentada en un estante con su estúpido vestidito de puntilla. Mamá dice que es una pieza de colección.

Se me ocurrió que me vendría fantástica para un truco.

Carrie entró en su cuarto cepillándose el pelo. Su pelo no es nada del otro mundo: es castaño y un poco largo, pero ella se lo peina un millón de veces por día.

-¡Deja de cepillarte el pelo! -dije con voz aguda y chillona-. ¡Te vas a quedar pelada!

Carrie tiró el cepillo sobre la cómoda y se dio vuelta.

-Este estúpido juego se está poniendo un poco pesado, Jack. -Caminó con grandes trancos hacia la cama y descorrió la frazada.

-Por aquí, idiota -dije con la misma voz chillona.

Carrie se levantó lentamente y recorrió su cuarto con la vista, confundida.

Yo le agarré el brazo a la muñeca y lo sacudí.

-¡Hola, tonta! -chillé.

A Carrie se le fue el color de la cara. -¿Jack? -preguntó, dubitativo.

-¿Parezco Jack, tarada? -dije con voz finita.

Mi hermana dio un paso atrás, mirando a su muñeca con los ojos muy abiertos.

Yo hice que la muñeca saltara del estante y empezara a caminar hacia ella.

-Estoy harta de este vestido -gemí-. ¿Por qué no me pones algo como la gente? ¡Esta ropa es horrible! ¡La odio!

Carrie retrocedió hasta la cómoda, sacudiendo la cabeza. No podía creer lo que veía.

-Y otra cosa... -empecé a decir.

-¡Mamá! -gritó mi hermana y se subió a la cama de un salto-. ¡Ven rápido!

Tiré la muñeca no bien oí los pasos de mi mamá, que avanzaba por el pasillo.

-¿Pero qué pasa? -preguntó mamá mientras irrumpía en la habitación-. Carrie, ¿por qué estás parada arriba de la cama?

-¡M... m... mi muñeca me habló! ¡Y c... caminó sola! ¡Me seguía a mí! -balbuceó Carrie.

Me tapé la boca para no soltar una carcajada.

Mi mamá suspiró.

-Deja de hacerte la histérica. Hoy vas al colegio, quieras o no; así que mejor te apuras.

Carrie ni siquiera pestañeó: se quedó con la vista clavada en la muñeca.

-¡En serio! -lloriqueo-. ¡La muñeca me dijo que no le gustaba su vestido! ¡Dijo que le parecía horrible! ¡Es verdad, mamá!

Yo sabía que, si no salía pronto de la habitación, iba a meter la pata. Me alejé en puntas de pie.

Tenía que encontrar a Connor, pero me sentía raro en pijama, aunque fuera invisible.

Avancé en silencio por el pasillo y entré en mi habitación. Saqué ropa de mi placard, la tiré sobre la cama y me quité el pijama.

. No bien se despegó de mi cuerpo, el pijama empezó a hacerse visible otra vez.

¡Eh! Eso estaba buenísimo. Agarré una media. En cuanto me la puse, empezó a desvanecerse hasta que desapareció por completo.

Me la saqué otra vez y apareció como por arte de magia.

¡Increíble!

Hice lo mismo con la camisa. Era súper divertido ver el efecto; pero sabía que tenía que salir de ahí cuanto antes, así que terminé de vestirme y fui hacia el pasillo. Mientras me bajaba por la escalera, oí que mamá discutía con Carrie.

-Adiós mamá -grité cuando llegué al último escalón-. ¡Hoy tengo que llegar temprano al colegio!

-Bueno -contestó ella.

¡Todo salía a la perfección!

Ahora tenía que ir a buscar a Connor. Sabía que me divertiría diez veces más si los dos éramos invisibles.

La mañana era fría y soleada. Doblé la esquina corriendo y llegué a la casa de mi amigo. Mutt, su perro, ladró cuando toqué el timbre.

-¡Ya voy! -gritó la mamá de Connor desde adentro.

Abrió la puerta y se asomó.

-¿Quién es? -llamó.

Mutt estaba parado a su lado, ladrando como loco.

-Hola, señora -la saludé-. ¿Está Connor?

Pero me olvidé de un pequeño detalle: que ella no me veía.

Los ojos se le abrieron, enormes. Empezó a mirar para todos lados.

-¿Quién anda ahí? -preguntó-. ¿Dónde estás?

Tragué saliva y di un paso atrás. La madera de la entrada crujió.

-¿Quién es? ¡Contesta! -exigió la mamá de Connor-. ¡Contesta ya mismo!

8

-Esto no tiene nada de gracioso -vociferó la mamá de Connor-. Sal de donde estés.

Salió al jardín. Mutt vino corriendo hacia mí y me plantó las enormes patas en el pecho.

-¿Qué te pasa, Mutt? -dijo ella-. ¿Qué haces?

¡Ay, Dios! Seguramente, era bastante extraño ver al perro parado así en dos patas. Traté de quitármelo de encima, pero él no se movió.

La señora de Craig se quedó mirando a su perro, muy sorprendida.

-Nunca te vi hacer eso -murmuró-. ¿Quién te enseñó ese truco?

Después, Mutt empezó a lamerme la cara con su enorme lengua húmeda. Odio que me haga eso.

-¡Puaj! -mascullé y me sequé la cara con la manga.

La mamá de Connor puso los brazos en jarras.

-Bueno, te oí. ¿Dónde estás? -preguntó, mirando a su alrededor.

Yo sabía que tenía que salir de ahí cuanto antes.

Mientras la señora buscaba en el jardín, me quité a Mutt de encima y entré sigilosamente en la casa. Al subir la escalera, aún la oía hablar sola.

-¿Connor? -llamé en voz baja-. Connor, ¿eres invisible?

¿Cómo se hace para encontrar a una persona invisible?, me pregunté.

Entreabrí la puerta del cuarto de mi amigo y espié. No había nadie; por lo menos, nadie que yo pudiera ver.

-¿Dónde estás? -susurré-. ¿Connor? ¿Estás aquí adentro?

Había un silencio total. Tal vez mi amigo no se había vuelto invisible. A lo mejor ya estaba en el colegio.

Eso sí que sería una lástima.

Me di vuelta para irme y me choqué la cabeza contra algo duro, que parecía un mentón.

-¡Ay! -exclamé, frotándome la frente.

-Mira por dónde caminas -dijo una voz conocida.

-¡Connor! ¡Eres tú!

-¡Y quién iba a ser!

Estiré la mano hacia el lugar de donde venía la voz. Sentí algo con el dedo, pero no tenía idea de qué podía ser.

-Eh, saca tu dedo de mi nariz –se quejó Connor.

-Ay, perdón.

-No puedo creer que el hechizo funcionara -dijo mi amigo-. Esto es genial. Les hice trucos a mis padres toda la mañana; ellos están desconcertados: no entienden nada.

Me reí, pensando en Carrie y su tonta muñeca.

-¿Puedes darme una explicación lógica para esto? -lo desafié-. Vamos, la verdad.

-No -suspiró Connor-. Pero lo estoy pensando.

-Entonces no es tan descabellado que yo crea en lo sobrenatural.

-Creo que no -admitió él-. Bueno, y ahora ¿qué hacemos? Quiero decir, ¿para qué vamos a ir al colegio? Aunque vayamos, no pueden vernos, así que nos pondrán ausente.

-Claro, tienes razón.

-No había pensado en eso.

Los labios se me curvaron en una sonrisa invisible mientras pensaba en las infinitas posibilidades que teníamos. ¡Podíamos hacer cualquier cosa! ¡Podíamos colarnos en el cine y mirar películas gratis! ¡O meternos en el baño de mujeres!

Entonces, se me ocurrió una gran idea, una forma de vengarme de Penny Morris por lo que me había hecho el día anterior.

-Ven conmigo -le dije a Connor-. Ya sé lo que vamos a hacer.

## 9

Salimos de la casa de Connor por la puerta de atrás. Aunque parezca increíble, su mamá todavía seguía buscándome en el jardín. Ahogué una carcajada cuando pasamos junto a ella.

Caminamos por la calle Melinda y, al doblar por la avenida Mae Donald, vimos la casa de Penny, que era de un color rosa espantoso.

-Penny dijo que hoy se iba a hacer la enferma -le recordé a Connor-. Creo que tendríamos que hacerle una visita, una visita fantasmagórico.

-¡Buenísimo! -exclamó mi amigo. Nos detuvimos y nos quedamos parados en la acera. Miré la ventana de Penny, pensando en mil maneras de asustarla.

Esto iba a ser genial.

-Entremos -propuse-. Si me aclaro la garganta, quiere decir que es hora de irnos.

-Está bien. Por suerte, la puerta principal no estaba cerrada con llave. Se oía la voz de la mamá de Penny, que hablaba por teléfono en la cocina. Subimos sigilosamente hasta la habitación de nuestra compañera.

Penny estaba en la cama. En su mesa de luz había un jarabe y un vaso de jugo de naranja. Miraba dibujos animados en un televisor pequeño.

En puntas de pie, caminé hasta el televisor y cambié de canal.

-¿Eh? -dijo Penny. Tomó el control remoto, lo miró y después volvió a poner los dibujos.

Contuve la risa y volví a cambiar de canal. Penny sacudió el control remoto.

-¡Mamá! -llamó-. El televisor anda mal. Empecé a cambiar de canal a lo loco. Penny se lo pasaba apretando el control remoto, tratando de poner los dibujitos.

-¿Pero qué le pasa a este televisor de porquería?

Finalmente, lanzó un suspiro y lo apagó. Yo volví a encenderlo y subí el volumen al máximo.

Penny se sentó en la cama, mirando para todos lados.

Después, Connor encendió la radio, a todo volumen.

A Penny se le abrieron los ojos, enormes, como dos pelotas. Se tapó con la frazada hasta el mentón.

Yo fui hasta su escritorio, encendí la computadora y escribí: "HOLA, PENNY, ¿ES VERDAD QUE ESTÁS ENFERMA? ¿O QUERIAS SALVARTE DE LA PRUEBA DE MATEMÁTICA?"

Penny se quedó sin aliento.

-¿Quién está ahí? -preguntó.

Yo borré el mensaje y escribí: "¿CREES EN LOS FANTASMAS, PENNY?"

-¡M... mamá! -gritó.

Sin perder un segundo, arranqué una página de su cuaderno e hice un avioncito, que voló directamente hacia su cabeza.

-¡Mamá! ¡Auxiliol -vociferó.

Connor empezó a abrir y cerrar los cajones de la cómoda mientras yo la bombardeaba con más avioncitos.

Penny se paró en la cama, envuelta en la frazada, con la cara blanca como un papel.

¡Ojalá hubiera podido sacarle una foto en ese momento!

Después, oí que su mamá subía la escalera. Había que irse.

Me aclaré la garganta con fuerza. Sentí que el abrigo de Connor me rozaba el brazo cuando pasó junto a mí. Esquivé a la mamá de Penny y bajé corriendo.

Vi que la puerta estaba abierta; eso quería decir que Connor ya había salido.

-¿Connor? -susurré en cuanto crucé la puerta.

Oí su risa, que llegaba desde la acera.

-¡Lo del mensaje en la computadora estuvo genial! -exclamó.

Yo tenía que admitir que era un truco bastante bueno. Sin duda, ahora Penny iba a pensarlo dos veces antes de burlarse de mí porque creo en los fantasmas.

-Vamos al colegio -sugirió Connor mientras nos alejábamos de la casa.

-¿No habías dicho que no iba a servir para nada?

-Cambié de opinión. Primero, podríamos entrar subrepticiamente en la dirección y borrar nuestros nombres de la lista de ausentes. Además, me parece que, ahora que somos invisibles, podría ser muy divertido. -Mi amigo se rió.

Yo sonreí.

-¡Está bien! Entonces, fuimos al colegio. Nuestro primer destino fue la oficina del director. Después de pasar lista, los maestros mandan los registros allí, y la secretaria les

escribe una nota a los padres de los chicos que faltaron, para controlarlos.

Esperamos hasta que la señorita Shayers, la secretaria, saliera un minuto de su oficina. Después, entramos y borramos nuestros nombres de la lista de ausentes. Revisé su escritorio y comprobé que ella todavía no había escrito las notas.

-Ya sé -susurró Connor con una risita. Vi que un lápiz se elevaba en el aire y, como por arte de magia, escribía algo en la lista de ausentes.

Miré la lista. En el espacio que antes habían ocupado nuestros nombres, Connor había escrito "Mike Burger" y "Roy Burger".

Era la venganza perfecta. Los hermanos Burger tendrían un lío terrible cuando llegaran a su casa.

En silencio, salimos de la oficina.

-¡Qué buena idea tuviste! -le dije a mi amigo mientras avanzábamos por el pasillo vacío-. ¿Y ahora, adónde vamos?

-Antes que nada, tengo que hacer una parada de emergencia -dijo Connor.

En ese momento, sonó el timbre, así que nos metimos rápidamente en el baño de varones.

Un minuto después, se abrió la puerta y entraron dos chicos, que hablaban y se reían.

En el acto les reconocí la voz: ¡eran los hermanos Burger!

-Me parece que Meyers no se anima a aparecer por el colegio después de lo que le hicimos ayer -decía Roy.

Mike se rió:

-Sí, es un cobarde.

¡Hablaban de mí! Ya iban a ver.

Empecé a tirar la cadena en el compartimiento donde estaba escondido, una y otra vez. Luego, me metí en otro compartimiento y tiré la cadena de ese inodoro también.

Después, oí que corría el agua en tres inodoros más: Connor seguramente había captado lo que yo quería hacer.

-¿Qué pasa? -preguntó Roy.

-No sé. -Mike parecía asustado. -Parece que los inodoros van a explotar.

Salí corriendo hacia el lavatorio, abrí todas las canillas y salpiqué a Mike y a Roy en la cara.

Connor hizo bollos con las toallas de papel y empezó a arrojárselas a los dos hermanos con todas sus fuerzas.

-¿Q... q... qué pasa? -balbuceó Roy. Después, tomé un rollo de papel higiénico y, con placer, observé a los dos chicos, que miraban con los ojos cada vez más abiertos.

Los hermanos contuvieron el aliento cuando el papel flotante empezó a desenrollarse y a envolver la cabeza de Roy. Connor tomó otro rollo y le ató los pies a Mike, que seguía petrificado.

-¡Eh! ¡Basta! ¡Déjame en paz! -gritó Roy. -¡Salgamos de aquí! -exclamó Mike.

Los dos salieron corriendo. Yo, como buen caballero, les abrí la puerta, pero cuando estaban pasando, les puse la pierna y los hice tropezar.

Esa escena era lo más ridículo que había visto en mi vida; más ridícula, incluso, que la estúpida cara de susto de mi foto:

Mike y Roy Burguer, despatarrados en el piso del pasillo, envueltos en papel higiénico.

Los chicos que pasaban por ahí se detuvieron, los señalaron y empezaron a reírse a carcajadas.

Disfruté cada segundo de mi venganza. Tal vez ayer había sido el peor día de mi vida, ¡pero hoy estaba resultando ser el mejor!

10

Estar en el colegio sin que nadie pudiera vernos era lo más divertido del mundo. La mañana se nos pasó volando y, antes de que nos diéramos cuenta, sonó el timbre del almuerzo.

-¿Tienes hambre? -le pregunté a Connor.

-Me muero por comer algo -contestó

-A mí no me gusta la comida del comedor -dije yo-. ¡Ya sé! ¿Por qué no pedimos una pizza y hacemos que la lleven a la sala de profesores?

-No va a funcionar -objetó mi amigo-. ¿Cómo pagamos?

-Tienes razón; ¡qué mala suerte! -me lamenté.

-No importa, podemos echar un vistazo en la sala de profesores -sugirió Connor-. Quizá tienen comida guardada en alguna parte. Vale la pena, ¿no?

Entró la señorita Beamus y nosotros la seguimos. Yo nunca había estado en esa sala, y no sabía cómo era.

Siempre me imaginé que sería un lugar limpio y cómodo, con cosas geniales como alfombras y videocasetera.

¡Qué equivocado estaba!

La sala de profesores era parecida a un aula, pero, en lugar de bancos, tenía muebles viejos, de distintos juegos. No había video ni equipo de música. Lo único que había era un horno de microondas que parecía más viejo que mi abuela.

Había olor a café quemado y a cigarrillo, y pilas de diarios y revistas por todas partes.

¡Un desorden total! El señor Kopnick se sentó en un viejo sillón desvencijado y levantó el diario. Pasó las hojas hasta que encontró los chistes. Al leer la primera historieta, soltó una risita.

La señorita Parma corregía exámenes sobre la mesa. No parecía contenta. Espié por sobre su hombro para ver de quién era la prueba que tenía en la mano.

Era la de Penny, y le estaba poniendo un cuatro.

¡Ja! Penny siempre se jactaba de sus buenas notas.

A Connor le hizo ruido el estómago.

Oh, oh. Teníamos que encontrar algo para comer.

La señorita Beamus comía una ensalada que había traído de su casa. ¡Qué aburrido!

El señor Kopnick pelaba una fruta: nada interesante.

Espié a la señorita Parma por sobre su cabeza.

Mmm. Tenía un plato lleno de pizza humeante y tentadora. Seguro que la había traído de su casa y la había calentado en el microondas.

¡Eso sí que tenía buena pinta!

Me senté en una silla que había a su lado. Tal vez, si se distraía, yo podría robarle un pedazo.

Se abrió la puerta y entró el profesor Lincoln, que traía una bandeja con el menú del día del comedor: una triste y aguachenta lasagna.

Seguro que hoy decidió comer aquí, a salvo de los budines de carne voladores, supuse yo.

Volví a prestar atención a la pizza de la señorita Parma. Tal vez, si Connor la distrajera...

Luego, una sombra se posó sobre mí. Miré hacia arriba.

¡Ay, no! El profesor Lincoln estaba parado junto a mi sillón.

Obviamente, pensaba que estaba vacío.

Pero en ese sillón estaba yo.

¡Y él se me venía encima!

Rápidamente, empujé el sillón hacia atrás y me levanté.

El profesor, que ya estaba en posición de sentado, soltó un grito y cayó de cola al piso.

Yo me tapé la boca: el profesor se había volcado toda la lasagna sobre la ropa.

¡Por segundo día consecutivo se llevaba el almuerzo puesto!

Oí que Connor se reía y solté una carcajada; no pude evitarlo.

-¿Estás bien? -preguntó la señorita Parma mientras lo ayudaba a levantarse.

Los demás maestros miraban para todos lados, con cara de desconcierto. Se veía que estaban atónitos. ¿De dónde provenía esa risa?

-¿Quién está ahí? -dijo el señor Kopnick. En ese momento, sentí que me picaba la nariz.

Ay, no. Ahora no, por favor.

Volví a sentir la picazón. Me rasqué, pero eso no me alivió.

Tenía que salir cuanto antes de ahí. Si no, echaría todo a perder.

¡No aguantaba las ganas de estornudar!

11

En medio de toda esa conmoción, fue fácil salir de la sala de profesores. Estornudé justo al llegar al pasillo.

-Salud -oí que susurraba mi amigo. Después, noté que dos porciones de pizza flotaban por el aire.

¡Bien! ¡Connor había conseguido algo para comer!

-Dame una -susurré-. ¡Me muero de hambre!

Empezamos a caminar por el pasillo vacío, devorando la pizza. Observé la porción de Connor mientras desaparecía mordida por mordida, como en uno de esos fabulosos efectos especiales.

Connor comenzó a reírse.

-¡No puedo creer que hayas enchastrado al profesor Lincoln otra vez!

Yo también me reí.

-¡Eso le pasa por comer la comida del colegio!

Estábamos divirtiéndonos a lo grande. Las cosas nos salían cada vez mejor. Iniciamos una pelea arrojándonos comida en el comedor, e hicimos flotar cosas en una clase de música. Todos los de la banda creyeron que el salón de actos realmente estaba embrujado. Por fin, decidimos que queríamos terminar nuestro día invisible en otro lugar que no fuera el colegio, así que nos fuimos.

Mientras caminábamos por la calle, miré el cielo y me di cuenta de que faltaba poco para que se pusiera el sol. No nos quedaba mucho tiempo; pronto volveríamos a ser visibles, y yo quería que nuestra última aventura fuera inolvidable.

Entonces, vi un edificio de ladrillo que se alzaba frente a nosotros.

¡La pileta! Los jueves estaba cerrada, pero, para un par de chicos invisibles, sería fácil entrar y..

-Eh, Connor, ¿quieres nadar un rato? -pregunté.

-¡Qué buena idea! -se entusiasmó mi amigo.

Bordeamos el edificio para ver si encontrábamos una entrada.

¡Jack! -exclamó Connor-. Mira. ¡La puerta de atrás está abierta!

Mi amigo tenía razón: estaba entreabierta, y había una camioneta estacionada cerca. Seguramente había venido alguien a hacer un reparto, o algo así.

Connor y yo entramos y avanzamos sigilosamente por el pasillo que conducía a la pileta.

Había un silencio absoluto. Eso me resultaba extraño, porque estaba acostumbrado a oír el chapoteo y los gritos de cientos de otros chicos. Pero, ahora, el agua estaba serena y todas las luces, apagadas.

Teníamos la pileta entera para nosotros. Oí un grito y un chapoteo: Connor ya se había zambullido.

-¡Vamos, Jack! -me llamó. Su voz resonó en el natatorio vacío. -¡El agua está genial!

Vi su ropa apilada junto a la escalerita de la parte playa. Me quité todo menos los calzoncillos y dejé mi ropa junto a la suya.

Subí los escalones del trampolín y me tiré estilo bomba en lo hondo.

-¡Uuuuuuuh! -grité al zambullirme.

-¡Marco! -gritó Connor cuando salí a tomar aire.

-¡Polo! -grité yo. Me sumergí y nadé hasta el otro borde. Sentí que el brazo de Connor me rozaba cuando salí a la superficie.

-¡Te tengo! -exclamó.

Yo hice un buche de agua y se la lancé escupiéndola por entre los dientes.

-¡Ay, me diste justo en el ojo! -se quejó. Lo oí salir de la pileta y correr hacia el trampolín.

-¡Cuidado, abaaaaajooo! -gritó.

Dio un golpe impresionante contra el agua, y después salió a tomar aire.

-A que eso fue un panzazo -comenté. Pero Connor se quedó callado.

¿Jack? -dijo un minuto después-. Se me acaba de ocurrir algo.

-¿Qué? -pregunté, mientras hacía la plancha.

-¿Cuándo volvemos a hacernos visibles?

-Luana dijo que la magia duraría hasta el atardecer -contesté-. ¿Por qué?

-Mira por la ventana -me dijo.

Miré por el ventanal que daba al oeste.

El sol se había ocultado.

Y nosotros seguíamos siendo invisibles.

Ay, no. De pronto, sentí una opresión en el pecho.

¿Y si nunca más volvíamos a hacernos visibles?

¿Y si nos quedábamos así para siempre?

12

Sin embargo, la preocupación por volver a ser visible no me duró mucho tiempo.

Oí pasos que retumbaban en el natatorio. -Jack -susurró Connor-. ¡Viene alguien! Los pasos, ahora más cercanos, sonaban

como los tacos de zapatos de mujer.

-No te muevas, así no se dan cuenta de que estamos aquí -le advertí a mi amigo.

Contuve el aliento.

Una mujer muy flaca que llevaba una planilla en la mano se acercó a la pileta mientras hablaba con un tipo corpulento, vestido con overol.

-Pensamos que habría que cambiar estos azulejos -le dijo ella. Se agachó justo a mi lado y señaló unos azulejos que estaban a unos pocos centímetros de mi cabeza.

-Sí -asintió el hombre-. Hay que cambiarlos.

Estaban tan cerca que yo sentía el perfume de la mujer.

Tenía que salir de ahí, pero ¿cómo? Entonces, sentí un extraño cosquilleo en la punta de los dedos, que luego me subió por los brazos.

¿Qué me pasaba?

Empezó a arderme la piel, como si estuviera quemándome.

El corazón se me salía del pecho y el sudor me corría por la frente. Estaba desesperado por meterme debajo del agua, pero tenía mucho miedo de que me oyeran.

La mujer se paró y caminó hacia el trampolín. El hombre la siguió.

Yo me sumergí rápidamente, pero eso no me alivió: el cosquilleo y la quemazón se acrecentaron aún más.

Justo cuando salí a tomar aire, oí que ella decía:

-¡Uy! Me olvidé allí la lapicera. -Señaló el lugar donde estaba yo.

La picazón era tan insoportable que apreté los dientes para no gritar.

La mujer empezó a caminar hacia mí, pero luego se paró en seco; la boca y los ojos se le abrieron, enormes.

-Q... qué diablos... -balbuceó.

El corazón me latía a mil por hora.

¿Me miraba a mí?

¿Me veía?

No, su vista estaba clavada a mi derecha.

Di vuelta la cara.

A mi lado, se movía la imagen de la cara de Connor, como si estuviera reflejada en el agua. Después, la cara se hizo cada vez más sólida.

Finalmente, toda la cabeza y el cuerpo se hicieron de nuevo visibles.

Yo me miré las manos.

¡Las veía!

Era visible otra vez.

¡Y estaba en calzoncillos!,

-¡Corramos! -grité.

A toda velocidad, Connor subió la escalera de la pileta y tomó su ropa. Yo lo seguí.

-¿Qué hacen aquí? -vociferó la mujer-. ¿De dónde salieron?

-¡Apúrate! -le grité a Connor.

Tomé mi pila de ropa y salí corriendo detrás de mi amigo.

-¡Vuelvan! ¡Exijo una explicación!

Así, en calzoncillos, ¡no volvía ni loco! Escapamos por la puerta de atrás y, en la playa de estacionamiento, nos ocultamos tras una camioneta blanca para ponernos la ropa.

Miré a mi alrededor; por suerte, no pasaría vergüenza otra vez: no me había visto nadie. Bueno, salvo el albañil y la señora de la planilla. Pero yo tenía la sensación de que iban a guardar el secreto.

-¡M ... me estoy c... congelando! -se quejó Connor. Le rechinaban los dientes.

-¡Yo también! Vamos a casa.

* * *

Llegué a mi casa y me sequé sin que nadie se diera cuenta. Ni siquiera la metida de Carrie me dijo algo, pero tampoco abrió la boca en toda la noche. Creo que todavía no había superado lo de la muñeca.

Yo tampoco abrí la boca.

Había algo que me preocupaba.

Ser invisible era genial, pero, ahora que el día había terminado, me acordé de Luana.

Habíamos hecho un trato.

Ella había cumplido con su parte: nos había hecho invisibles.

Ahora, nos tocaba a nosotros.

Pero la sola idea de volver a ese panteón me ponía la piel de gallina; sobre todo ahora... ahora que sabía que ella tenía poderes de verdad.

Por fin, decidí que tenía que hablar con Connor. Llevé el inalámbrico a mi cuarto y marqué su número.

Hablamos un rato de tonterías; después, tomé coraje y fui al grano.

-Ahora tenemos que ayudar a Luana, ¿no? -dije-. Hay que cumplir con nuestra parte del trato.

-¿Estás loco? -exclamó Connor.

-Pero se lo prometimos.

-Jack, yo no vuelvo a pisar ese cementerio. No quería saber nada con ella cuando pensaba que no tenía poderes mágicos. Ahora que sé que los tiene, pienso quedarme lo más lejos posible. ¡Piénsalo un poco! ¡Vive en una tumba en el cementerio de la calle Fear! ¿Puede haber algo más terrorífico que eso?

Yo sabía que, si hasta Connor sentía miedo, teníamos problemas.

Yo estaba aterrado y no quería volver al cementerio nunca más.

Pero ¿y si Luana venía a buscarnos?

Me estremecí al pensar en esos ojos tristes y esas manos pálidas.

Esa chica era aterradora.

Súper aterradora.

-No sé.... -murmuré, jugueteando con mi anillo de la suerte.

-No te acerques a ella, Jack -me advirtió mi amigo-. No te conviene. Además, ¿cómo podríamos ayudarla? Quiere que encontremos a su familia, o algo así, ¿no? ¿Qué podemos hacer nosotros? Lo que ella necesita es un detective privado, no a dos chicos como nosotros.

-Puede ser -dije, por fin.

Colgué el teléfono, me metí en la cama y me quedé mirando las estrellas fluorescentes que tenía pegadas en el techo de mi habitación.

Muera, el viento silbaba entre los árboles, con un sonido que me ponía los pelos de punta, un silbido casi humano.

Traté de no pensar en Luana, pero no pude evitarlo.

¿Estábamos cometiendo un error? Luana tenía poderes mágicos. ¿Quién sabía lo que era capaz de hacernos si se enfurecía?

De pronto, el viento sopló con más fuerza y las persianas de mi cuarto empezaron a golpetear contra el costado de la casa.

Mi cuarto estaba congelado, así que me envolví bien con las frazadas.

Después, me di cuenta de que las cortinas se movían, y me ericé entero.

¿Había alguien, o algo, en mi habitación?

-,Jaaaaack... Jaaaaaack... -llamaba una débil voz.

Parecía venir desde la ventana, como si alguien me llamara desde afuera.

Un escalofrío me corrió por la nuca. No seas idiota; es el viento, nada más, traté de convencerme.

-Jaaack ... me lo prometiste. - - Jaaaaack ...

¿Acaso el viento podía decir esas palabras? No, no era posible.

Lo que yo oía no era el sonido del viento. ¡Era la voz de Luana, que venía a buscarme!

13

Salté de la cama y corrí a mirar por la ventana.

Afuera, en la oscuridad, no había nadie; no estaba la chica pálida y de ojos tristes.

Lo único que vi fue el jardín en sombras y los árboles agitándose con el viento.

Volví a la cama. Esa noche, casi no dormí; cada vez que lograba conciliar el sueño, veía los ojos azules y tristes de Luana, y oía su voz.

A la mañana siguiente, Connor y yo fuimos a la escuela en bicicleta. En el camino, hicimos el pacto de no contarle a nadie sobre nuestro acto de desaparición. Lo más probable era que nadie nos creyera.

Tenía que ser nuestro secreto. Yo no le conté a mi amigo sobre la voz que había oído la noche anterior. Ése era mi secreto. De todos modos, sabía lo que él iba a decir: que yo estaba imaginando cosas porque me sentía culpable.

Antes de entrar a clase, fui al baño. No había ningún chico más, pero, cuando me estaba lavando las manos, empezó a correr el agua en todos los inodoros.

El agua corría sola.

Después, se abrieron todas las canillas, igual que el día anterior.

Estaba pasando algo raro, muy raro.

En ese momento, sentí que había alguien parado detrás de mí, y miré por el espejo.

Alcancé a ver una piel pálida, una cabeza rubia, unos ojos azules y tristes. ¡Era ella! ¡Luana!

Pegué un grito, y giré sobre mis talones.

No vi a nadie.

-No puede ser -murmuré-. Abrí una por una la puerta de todos los baños, pero estaban vacíos. Ningún chico se habla escondido para gastarme una broma.

Salí del baño tratando de hacerme el disimulado, pero me temblaban las piernas.

Caminé hasta el aula como un zombie. ¿Había visto a Luana realmente? ¿O era mi imaginación, que me estaba jugando una mala pasada?

Me senté en mi banco, junto a Connor, en el preciso instante en que sonaba el timbre. Abrí la cartuchera y revolví, buscando un lápiz con buena punta.

Sentí que alguien me respiraba en la nuca.

-Jack, vuelve al cementerio -me susurró una voz.

Pegué un grito y se me cayó la cartuchera al piso. Me di vuelta.

Connor me miraba.

-¿Qué te pasa? Lo único que hice fue preguntarte si tenías un lápiz de más.

La señorita Beamus golpeó el escritorio con los nudillos.

-¡Jack! ¡Connor! -dijo con voz cortante-, hagan silencio.

-Dddisculpe -balbuceé. Levanté la cartuchera del piso, busqué unos lápices, y le presté uno a Connor.

Tal vez era cierto que él me había pedido un lápiz, pero yo no había oído eso.

Lo que había oído era la voz de Luana.

De alguna forma, ella estaba haciendo que yo viera y oyera cosas.

¡Luana quería atraparme!

Esa mañana no pasó nada más. Luana no volvió a hablarme ni a aparecer.

¿Significaba eso que me iba a dejar en paz? Así espero, pensé.

A la hora del almuerzo, me puse detrás de Penny en la fila, y la miré con una sonrisa maliciosa.

-Ayer te extrañamos. ¿Dónde estuviste?

-¿Qué te importa? -dijo ella.

Me volvió a la mente la imagen de Penny parada sobre la cama y envuelta en la frazada, y sonreí con más ganas.

-¿De que te ríes? -me preguntó, suspicaz.

Me encogí de hombros.

-No, de nada; no me río de nada.

-Qué raro -murmuró ella.

Con mi plato de sopa de verduras en la mano, caminé hasta la mesa donde me esperaba Connor.

Me senté y metí la cuchara en la sopa.

De pronto, vi que algo se reflejaba en el líquido.

Miré dentro del plato, frunciendo el entrecejo.

Parecía mentira. Pero era verdad.

Frente a mis propios ojos, dentro del plato de sopa, se movía la cara de Luana, ¡en medio de las papas y las zanahorias!

Se me puso la piel de gallina. Revolví la sopa con la esperanza de que la imagen desapareciera, pero fue inútil.

La cara pálida y líquida de Luana me seguía mirando.

-¿Estás bien? -me preguntó Connor-. Tienes cara de asustado.

Levanté la vista y tomé aliento para decir algo, pero no pude. No me salían las palabras.

-Jack, ¿qué pasa? Estás raro desde esta mañana.

Observé la sopa una vez más.

Ella ya no estaba; había desaparecido otra vez.

Decidí que tenía que decirle a Connor. A lo mejor, a él le estaba pasando lo mismo. Acerqué mi silla para que nadie oyera.

-Me están pasando cosas extrañas -le dije en voz baja.

-¿Eh? ¿Qué cosas? -me preguntó, antes de tomarse una cucharada de sopa.

-Bueno -empecé-, anoche me pareció que Luana me llamaba, y hoy, justo antes de la primera hora, estoy seguro de que estaba conmigo en el baño.

-¿En el baño de varones? -Mi amigo parecía asombrado.

Moví la cabeza, impaciente.

-Sí. Pero, cuando me di vuelta, ya se había ido. Y hace un minuto... -Vacilé; sabía que parecería de lo más estúpido. -Hace un minuto, la vi dentro de mi sopa.

Connor abrió los ojos, sin poder creer lo que oía.

-¿Luana estaba en tu sopa? Clavé la vista en el plato.

-Sé que parece raro, pero...

-Jack, escucha -dijo Connor, sin perder la paciencia-, lo que pasa es que te sientes culpable.

-Yo sabía que ibas a decir eso -dije, frunciendo el entrecejo.

-Pero es que es cierto -insistió él-. ¿Cómo puede ser que a mí no me pase nada? Yo no tuve ninguna visión extraña, y eso es porque no me siento culpable por no haber vuelto a ese panteón. Esa chica es siniestra y, cuanto más lejos esté de ella, mejor.

Decidí no hablar más del tema. Sabía que Connor estaba equivocado. Yo no tenía visiones de Luana porque me remordía la conciencia, sino porque ella me había hechizado.

Pero mi amigo no era fácil de convencer. Durante el resto del día, no pude sacarme a Luana de la cabeza. Tenía miedo de verla en cualquier parte, y de que estuviera observándome, llamándome.

No pude concentrarme en ninguna clase.

Cuando sonó el timbre de salida, salté del banco y fui corriendo hacia la puerta del aula.

-¿Cuál es el apuro? -me dijo Connor-. ¿No quieres jugar un rato a la pelota?

-Tengo que llegar temprano a casa -le contesté por sobre mi hombro-. Le prometí a mamá que la ayudaría a limpiar el sótano.

Odiaba mentirle a mi amigo, pero realmente necesitaba estar solo. Tenía que resolver el misterio.

Me subí a la bicicleta y empecé a pedalear. ¿Por qué Luana me persigue a mí, y no a Connor?, me pregunté. Doblé por la calle Fear. Se me cruzaban miles de cosas por la cabeza mientras avanzaba por esa calle tenebrosa, de casas decrépitas, pero todos mis pensamientos conducían a lo mismo.

Tendría que cumplir con mi parte del trato: Luana me había hecho invisible, y ahora yo debía ayudarla, o al menos, hacer un intento.

Era necesario volver al cementerio de la calle Fear.

Y, como Connor no me acompañaría, tendría que ir yo solo.

## 14

Decidí ir al cementerio de inmediato, en ese mismo momento. Sabía que más tarde me acobardaría.

Frené la bicicleta frente al oxidado portón de hierro. Lo empujé y se abrió con un chirrido. Hacía tanto frío que el aire que exhalaba salía en bocanadas blancas.

Estuve a punto de dar media vuelta e irme, pero me obligué a seguir.

Las manos me temblaban cuando aseguré la bicicleta a la reja del cementerio. Caminé con cuidado entre las lápidas y me detuve justo frente al panteón.

Todo estaba frío y silencioso. -¿Luana? -susurré-. Luana, ¿estás aquí?

Nadie me respondió.

Grandioso, ¿y ahora qué hacía?

Observé la figura de piedra tallada en la puerta.

¿Ella también me miraba?

La había devuelto a la vida dándole un beso; a lo mejor, si la besaba otra vez...

Subí lentamente los escalones del panteón, y miré a mi alrededor.

No había ni un alma.

Respiré profundamente, me incliné hacia la cara de piedra y la besé.

Los labios estaban duros y fríos, no tibios como la otra vez.

Cerré los ojos y esperé.

Después, senti que una mano me tomaba del hombro.

Me di vuelta, asustado.

¡Era Luana!

-¡Volviste!

-Ehhh... sssí -balbuceé, retrocediendo un paso-. Volví.

Luana sonrió.

-Sabía que lo harías.

-Ah. -Por supuesto que sabía, ¡si ella me había hecho volver!

-Me alegro, porque todavía necesito tu ayuda -siguió diciendo.

Yo me encogí de hombros.

-Realmente, no sé cómo puedo ayudarte.

Quiero decir, soy un chico, no soy ningún hechicero ni nada...

Se llevó un dedo a los labios para indicarme que hiciera silencio.

-Un momento, deja que te explique.

Me hizo señas de que me sentara en uno de los escalones. Yo me senté y esperé que ella comenzara a hablar.

-Adentro de este panteón hay algo que es muy importante para mí, y que necesito para volver con mi familia. Yo no puedo tocarlo porque el malvado brujo le echó un maleficio, pero tú, Jack, puedes ir a buscarlo y traérmelo.

Luana me miró con los ojos entrecerrados. Yo quise evitar su mirada, pero me quedé con la vista clavada en ella.

Carraspeé.

-¿Qué es?

Ella me sonrió. Era la sonrisa más triste que había visto en mi vida.

-Es una pequeña mosca de oro, no más.

Me mordí el labio.

Una pequeña mosca de oro no me haría daño. Y, después de todo, yo a Luana le debía un favor. Ella había cumplido mi deseo; me había hecho invisible.

-Yo te voy a ayudar -agregó-. Te haré invisible otra vez por si hay algún peligro, pero tienes que ser rápido. El hechizo sólo durará un rato, porque mis poderes están debilitándose.

Tragué saliva y asentí con la cabeza.

-Lo único que tienes que hacer es entrar, buscar la mosca de oro y traérmela. ¿Puedes hacerlo, Jack?

Yo contemplé el panteón, que parecía más oscuro que antes. Quién sabe cuántos muertos habría allí.

Seguramente, el lugar también estaba lleno de fantasmas.

Al fin y al cabo, ¡el panteón estaba en el cementerio de la calle Fear!

Pero yo había hecho una promesa.

Me toqué el anillo de la suerte, aunque tenía la sensación de que, más que suerte, lo que yo necesitaba era un milagro.

Me paré y miré a Luana; las rodillas me temblaban.

-Está bien -dije, con un suspiro-. Voy a entrar.

Luana asintió con la cabeza como si hubiera sabido mi respuesta desde un principio.

-¿Estás preparado?

-Creo que sí -respondí.

Me puso la mano sobre el hombro y cerró los ojos.

El cielo se oscureció. Una ráfaga de viento hizo que se agitara su pelo largo y rubio.

Luana se aferró a mi hombro con más fuerza. Sentí que una corriente de energía me atravesaba y me tiraba para atrás.

-¿Qué... qué pasó? -tartamudeé. Sacudí la cabeza. Todo me daba vueltas. Me froté el hombro, que me dolía como si hubiera cargado una bolsa de cemento.

Luana abrió los ojos y me miró de arriba abajo.

-Muy bien. Ahora estás preparado para todo.

Miré para abajo, pero ya no me veía los pies. Era invisible otra vez.

15

Puse la mano sobre el picaporte de bronce del panteón y abrí la puerta.

Entré, y la puerta se cerró detrás de mí.

-Buena suerte -oí que Luana me gritaba desde el otro lado.

Me quedé pegado a la pared, con todos los sentidos en estado de alerta.

Por la ventanita que había sobre la puerta se filtraban unos pocos rayos de luz. Examiné el cuarto pequeño y oscuro. Estaba completamente vacío. Las paredes y el piso eran de piedra. Unas telarañas enormes colgaban de todos los rincones.

-Busqué en la penumbra, con la esperanza de encontrar la pequeña mosca dorada, pero sólo vi arañas.

Clavé los ojos en una escalera que había frente a mí y que llevaba hacia abajo.

Sabía que tendría que bajar por allí para encontrar la mosca.

¡No, yo no bajo ni loco!, pensé. Esa escalera era demasiado siniestra.

Pero si no lo hacía, Luana usaría su magia para hechizarme eternamente.

Fui despacio hacia la escalera y miré para abajo. Estaba tan oscuro que no se veía nada.

Yo no quería bajar; no quería ver lo que había al final de esa horrenda escalera.

Pero le había prometido a Luana que buscaría la estúpida mosca.

Bajé los escalones de piedra en puntas de pie. Me temblaban las piernas. Cuanto más bajaba, más se oscurecía. Había olor a encierro y a humedad.

Cuando estaba por llegar al pie de la escalera, vi que se abrían tres túneles.

-Ah, genial -me dije-. Un laberinto subterráneo.

¿Qué camino se suponía que debía tomar?

Luana me había dicho que tenía que ser

rápido, así que cerré los ojos y señalé uno a ciegas.

Cuando abrí los ojos, mi dedo apuntaba al túnel del medio.

Tomé ese camino.

No veía nada. Toqué la pared, esperando encontrar una llave de luz.

¡Sí, claro! ¡Una luz en un panteón!

Caminé a tientas por el pasaje. Al rato, comencé a notar que las paredes emitían un brillo verdoso.

¿Era alguna especie de magia? ¿O polvo radiactivo?

Todo era posible en el cementerio de la calle Fear.

Imaginé que unos muertos vivientes me perseguían.

Después, el túnel llegó abruptamente a su fin.

Había tomado el camino equivocado. Tenía que volver sobre mis pasos.

Regresé lo más rápido posible al pie de la escalera. Esta vez, elegí el túnel de la derecha. Entré despacio. Había que tener cuidado, porque podría ser otro camino sin salida.

Seguí los vericuetos del túnel y llegué a una bifurcación. Me desvié hacia la derecha y seguí ese pasaje, hasta una nueva bifurcación. Volví a elegir el túnel de la derecha. Al final, se abrían tres nuevos pasadizos.

Elegí el de la izquierda.

Pero éste tampoco tenía salida.

Con el sudor corriéndome por la frente, volví al punto donde se abrían los tres túneles.

-¿Y ahora, qué camino tomo? -murmuré. En ese momento, oí que algo se movía en uno de los túneles.

¿Había alguien más conmigo?

Me quedé duro y apreté los puños.

Di un paso, y luego me detuve para volver a escuchar.

Oí que arañaban la piedra. Un chillido agudo resonó en el túnel.

Después, descubrí qué era; la luz verde dejaba ver una masa movediza de piel gris. Miles de ratas sucias y huesudas corrían por el pasaje.

¡Venían directamente hacia mí! Me apoyé contra la pared. ¡Estaba perdido!

En cualquier momento, las ratas me mordisquearían todo el cuerpo.

El chillido se hacía insoportable cuando se me acercaban. Con sus uñas puntiagudas, me rasgaban las medias y me arañaban mientras se escurrían entre mis pies. Me rasguñaban los tobillos y las piernas, y seguían de largo, desesperadas por encontrar comida.

¡Seguían de largo!

Entonces, me acordé: ¡no me veían! ¡Era invisible!

Contuve el aliento mientras la última rata pasó corriendo.

16

Estaba a salvo; no me habían comido.

¡Ni siquiera se habían dado cuenta de que yo estaba ahí!

Me apoyé contra la pared, aliviado.

-Me salvé por un pelo -murmuré-. ¡Ya mismo me voy de este lugar!

Que Luana se busque otro idiota para hacer este trabajo sucio.

Miré a mi derecha, y después a mi izquierda. La oscuridad era total. ¿Por dónde había venido?

No tenía ni la menor idea.

Se me hizo un nudo en la garganta.

-Socorro -dije con voz ahogada.

Pero no había nadie que pudiera ayudarme.

Estaba solo debajo del cementerio de la calle Fear.

Y perdido, totalmente perdido.

-¡Cómo puedo ser tan estúpido! -me dije. Caminé a tientas por el túnel que, según me pareció, era el de regreso hasta que, minutos después, comencé a preguntarme si no había cometido un error.

¿Dónde estaban las bifurcaciones? ¿Las había pasado en la oscuridad, sin darme cuenta? ¿Estarían más adelante? ¿O había entrado en otro túnel?

¡No lo sabía! Estaba muy oscuro, y todo parecía igual.

Me invadió el pánico.

Di media vuelta y caminé unos pasos en dirección contraria.

Igual de siniestro. Me estremecí al pensar en los miles de ataúdes que había sobre mi cabeza.

Estaba perdido debajo de un cementerio, y al parecer no había manera de salir.

Me senté en el frío piso de piedra y traté de pensar. A lo mejor mis zapatillas habían dejado huellas, que podría seguir para volver a la escalera.

Me agaché y revisé el suelo, pero fue inútil: no pude ver nada.

-¡Estoy atrapado para siempre! -exclamé.

El sonido de mi voz se desvaneció sin producir un eco siquiera.

Al rato, un sonido diferente me sobresaltó. Me enderecé.

Pareció que una puerta se abría, y después, se cerraba.

-¿Luana?

Volví a oír lo mismo. Me levanté de un salto y corrí a ver qué era.

Con el corazón en la boca, avancé por el túnel oscuro. Más adelante, vi algo que brillaba; podía distinguirlo a pesar del débil fulgor verdoso de la pared: era una enorme puerta de oro.

¿Una puerta de oro en el medio de la nada? Pero no era descabellado pensar que la mosca de oro pudiera estar detrás de esa puerta, ¿no?

Valía la pena hacer un intento.

Oí que se movía algo del otro lado.

-¿Luana? -volví a llamar.

Nadie me respondió.

Respiré profundamente y abrí la puerta. Entré despacio en una habitación inmensa. No se veía el techo ni la pared opuesta. Estaba completamente a oscuras.

Evidentemente, ésta no era la salida. Cerca de mí, se oyó un ruido extraño: un "sssssss"

Por el rabillo del ojo me pareció ver que algo se movía, y me di vuelta.

Alcancé a distinguir dos figuras gigantescas al otro lado de la habitación, pero estaban quietas.

Apreté los dientes. Debía averiguar qué eran. Quizá, tenían algo que ver con la mosca.

Me acerqué para verlas mejor.

Me quedé con la boca abierta. ¿Era un sueño?

Más bien parecía una pesadilla.

Frente a mí, había dos insectos enormes. ¿O serían estatuas?

Los dos medían por lo menos tres metros de alto, y eran de oro.

Unas gigantescas cucarachas de oro. Recorrí con la vista sus cuerpos inmensos, los anillos del abdomen, los pelos gruesos y duros de las patas larguísimas.

Parecían espantosamente reales.

Tenía la vista clavada en el enorme bicho de la izquierda cuando me di cuenta de que la antena se le movía.

Ay, no: las cucarachas no eran estatuas.

¡Estaban vivas!

17

Se me puso la piel de gallina. No podía ni moverme; estaba atónito.

¿Cucarachas de tres metros? ¡Esto era más espantoso que la peor de mis pesadillas!

-Sssssssssss -hacían los bichos, y babeaban.

-Sssssssss...

Después, se pusieron en movimiento. Caminaban sobre las patas traseras, moviendo las cabezas de aquí para allá y agitando sus antenas largas y delgadas. Las cuatro patas delanteras se balanceaban en el aire.

Era horrible.

-Sssssss.

Agachado, me alejé unos pasos de ellas. Oí que su baba caía al piso de piedra y traté de no temblar.

Estaban paradas delante de algo, pero no podía ver qué era. Tenía que averiguarlo. ¿Y si era la mosca de oro? En ese caso, tendría que ingeniármelas para agarrarla.

Me miré rápido las manos, pero no me las vi. Bien. Eso quería decir que aún era invisible, y a, lo mejor podía pasar junto a las cucarachas sin que ellas me vieran.

¿Y si de pronto volvía a ser visible? Luana me había dicho que no tenía mucho tiempo.

En silencio, me acerqué a los bichos gigantescos, que marchaban sin descanso.

Detrás de ellos, había otra puerta.

¡Clic! ¡Clici Alcanzaba a oír el débil golpeteo de sus patas de insecto sobre el piso de piedra.

Esperé hasta que las dos cucarachas estuvieran lejos de la puerta, y después, pasé de prisa entre ellas. La puerta estaba abierta, así que entré.

En el medio de una habitación pequeña y oscura, habla una mosca.

Era de oro.

Pero no era pequeña. Era una mosca de oro enorme, más grande que las cucarachas, más grande que un elefante adulto. Tan inmensa era, que las alas llegaban de pared a pared.

¿Era ésta la "mosquita" que me había pedido Luana?

Si era ésta, ¡había crecido mucho desde la última vez que ella la vio!

La mosca juntó las peludas patas delanteras, y luego se las pasó por los ojos saltones y brillantes. Un líquido luminoso corría por las venas que surcaban sus finas alas doradas.

Una espesa baba goteaba de la boca -una boca enorme, capaz de tragarme entero-, y formaba un charco humeante en el piso.

¿Luana realmente creía que yo podía llevarle este bicho gigantesco? No, era imposible.

Retrocedí un paso, sin dejar de mirar esa criatura repugnante. Si me veía ahí, sería mi fin.

Di otro paso hacia atrás.

En ese momento, sentí que la cara me ardía y me picaba.

Después, sentí lo mismo en la espalda y en los brazos.

¡Parecía que mi piel estaba en llamas! Entonces, me acordé de la última vez que había tenido esa sensación: había sido en la pileta, antes de volverme visible.

- Me miré las manos. Estaban borrosas, como las de un fantasma.

¡Mi invisibilidad se estaba acabando!

La mosca giró los ojos y me miró fijamente, haciendo ruido con las mandíbulas.

¡Me había visto!

Movió las alas. Seguía chorreándole saliva.

Estaba hambrienta.

Y yo estaba a punto de ser su plato principal.

18

La mosca avanzó hacia mí caminando con sus largas patas doradas. Sus mandíbulas se abrían y cerraban, una y otra vez.

Me acurruqué en el piso. El corazón me latía a mil por hora.

Quizá podría tirarle alguna piedra grande. Miré a mi alrededor , buscando algo que pudiera arrojar, hasta que vi una piedra del tamaño de una pelota de béisbol.

¡Genial! La tomé en mis manos y la arrojé con todas mis fuerzas. Dio justo en el blanco: el enorme ojo derecho de la mosca.

El insecto dio un salto y retrocedió unos pasos, pero luego siguió avanzando hacia mí.

La piedra era demasiado pequeña. Para frenar a ese monstruo, necesitaba una roca del tamaño de una pelota de fútbol.

El sudor me corría por la espalda. ¿Qué podía hacer?

La mosca estaba a un paso de distancia. Yo sentía el hedor de su aliento en la cara. Su baba espesa y caliente me empapaba los pies .

Las mandíbulas se abrían y cerraban, se abrían y cerraban.

La puerta estaba muy lejos; no llegaría a tiempo. Traté de hacerme lo más chiquito que pude.

La mosca se inclinó hacia mí. Lo único que yo oía era el golpeteo de sus mandíbulas. Levanté los brazos Para protegerme de la enorme boca y cerré los ojos con fuerza.

-¡Noooo! -grité.

Pero no sucedió nada.

La mosca ni siquiera me tocó.

¿Por qué no le comía?

Abrí los Ojos. ¡El insecto retrocedía, como si se hubiera asustado!

Sus ojos giraban, desorbitados, y sus mandíbulas se abrían y cerraban frenéticamente.

¿De qué tenía miedo?

De pronto, sentí que me latía el dedo del anillo y bajé la mano para ver que pasaba. Me quedé boquiabierto, mirando mi anillo araña.

El anillo brillaba con una luz azul, cada vez más intensa.

Cuanto más intensa era la luz, más se alejaba la mosca.

Levanté la mano para que esa luz le diera a la mosca en los ojos. El insecto dejó de moverse y bajó las alas.

Parecía hipnotizado.

Yo siempre creí que mi anillo araña me traía suerte, pero no sabía que tenía poderes especiales.

-¡Fantástico! -susurré. Me moría de ganas de contarle todo a Connor.

Pero primero tenía que salir vivo de ahí.

Traté de dar un paso hacia atrás, pero no me respondían las piernas.

-¡No! -murmuré, con horror. ¿Qué sucedía? ¿El aliento de la mosca me había paralizado?

Después, sentí que la piel de las piernas y los brazos se me ponía tirante. Oí un crujido y vi que los huesos se me alargaban.

Esto tenía que ser magia.

Pero yo ya era visible. ¿Qué me pasaba ahora?

En mis manos y mis brazos apareció un vello negro, espeso y enrulado, que luego se extendió sobre mis piernas.

Sentí que me vibraban las costillas. Después, de los costados del cuerpo me salieron cuatro tiras largas y gruesas, que empezaron a crecer, serpenteando y retorciéndose.

¡Ah! Las miré con horror. ¿Qué era eso?

¿Qué me estaba pasando?

19

Me quedé mirando las tiras negras que salían de mi cuerpo.

Estaban cubiertas de gruesos pelos negros, como los que me habían crecido en los brazos y las piernas; también tenían articulaciones.

Lo que me estaba creciendo eran... ¡patas!

Cuatro patas nuevas que se sumaban a mis propios brazos y piernas, así que, en total, yo tenía ocho miembros.

Solté un grito, y el estómago se me hizo un nudo.

¡Me había convertido en una araña gigantesca!

¡Mi amuleto, mi anillo de la suerte, me había transformado en araña!

En ese momento, la mosca se movió y sus alas doradas empezaron a temblar.

Estaba despertándose. Se frotó las largas piernas doradas; una baba caliente comenzó a chorrearle de la boca.

La mosca se abalanzó sobre mí y me mordió el hombro.

Sus tenazas me desgarraron la piel.

-¡Ahhhhh! -grité, o mejor dicho intenté gritar, pero mi boca de araña no emitió sonido alguno.

Vi una constelación de estrellas. Sentí intensas punzadas que me corrían por el brazo. La mosca me clavaba las tenazas cada vez más. Estaba rnasticándome el hombro.

Su baba caliente me empapaba el vello de las patas. La mosca zumbaba de placer.

Yo me sentía débil y mareado; estaba muy cansado.

No había nada que hacer: la mosca estaba comiéndome vivo.

¡Pero yo no podía rendirrne tan fácilmente!

Me defendí con mis ocho patas.

Cuando toqué el cuerpo tembloroso del insecto, me invadió una extraña sensación.

Un momento, ¡yo ahora era una araña!

Era inmensa y poderosa.

¡Las arañas comen moscas!

Me dejé llevar por mis instintos de araña. Me paré sobre mis enormes patas y me abalancé sobre el insecto, dispuesto a devorarlo.

La mosca dio un salto y se alejó con un fuerte zumbido. Luego, voló sobre mí, me golpeó con las alas y me arrojó al piso. Se me tiró encima y siguió azotándome una y otra vez.

El zumbido se hacía más y más fuerte. Me paré lentamente. Las patas me temblaban pero logré levantar una y asestarle un golpe a la mosca, que cayó produciendo un ruido sordo.

Corrí hacia ella y le hinqué las tenazas en la espalda.

La mosca empezó a tironear y a retorcerse, tratando de soltarse. Yo la mordí con más fuerza.

La mosca se sacudió levemente, hasta que por fin se quedó inmóvil.

¡Yo la había paralizado!

Mis músculos se relajaron, y me desplomé. Mis patas seguían apoyadas sobre el cuerpo de la mosca.

Luego, sentí que algo se movía debajo de mí.

¿Estaba reviviendo la mosca?

El cuerpo se me puso tenso, listo para atacar.

Pero, en realidad, lo que sucedía era que la mosca estaba encogiéndose.

Se hacía cada vez más pequeña. Al mismo tiempo, mis músculos empezaron a contraerse; mis brazos y piernas se redujeron hasta volver a su tamaño normal. La piel se me aflojó y luego se adhirió a mis huesos otra vez.

Mi estómago empezó a temblar mientras mi cuerpo succionaba las cuatro patas de araña. Sentí un cosquilleo cuando los largos pelos negros se ocultaron bajo mi piel.

Me froté los brazos con las palmas de las manos. El vello había desaparecido por completo. Me toqué el cuerpo y comprobé que las patas de araña también habían desaparecido.

¡Había vuelto a ser un chico otra vez! Miré la mosca dorada, que ahora era del tamaño de una mosca común. La levanté, sujetándola entre el pulgar y el índice.

-¡Eso te pasa por meterte conmigo! -le gruñí al insecto diminuto, y me lo puse en el bolsillo.

Ahora, lo único que tenía que hacer era encontrar a Luana y darle la mosca. Después de lo que acababa de pasarme, eso parecía facilísimo.

Mientras pensaba lo que iba a hacer, jugueteé con mi anillo.

Tenía que pasar otra vez por donde estaban las cucarachas. ¿Pero cómo iba a hacer ahora que era visible?

Respiré profundamente. Me daba pánico que me vieran, pero tenía que salir de ahí.

En puntas de pie, caminé hasta la puerta. Con mucho cuidado, la abrí un centímetro y espié por la rendija.

Las cucarachas estaban paradas dándome la espalda.

Pasé por la puerta y la cerré, muy despacio.

-Me pegué a la pared, listo para correr. Pero antes de que pudiera moverme, las cucarachas se dieron vuelta.

¡Me habían visto!

Avanzaron hacia mí, agitando frenéticamente las largas antenas.

Yo salí corriendo, y las cucarachas comenzaron a seguirme. ¡Qué rápidas eran!

La única forma de salir era cruzar la puerta dorada que estaba en el otro extremo de la habitación.

Pero las cucarachas eran más veloces que yo: me estaban alcanzando.

¡Nunca llegaría a pasar por esa puerta!

20

Sentí que todo me daba vueltas. El corazón se me salía del pecho.

Entonces, se me ocurrió algo: ¡podía usar mi anillo araña!

Era mi única esperanza.

Mientras corría, empecé a hacerlo girar en mi dedo.

-¡Vamos, anillito, ayúdame un poquito! -gemí.

Luego me di vuelta, levanté la mano y lo apunté en dirección a la cucaracha más grande.

Contuve el aliento y esperé que la araña brillara.

Pero no pasó nada; ni siquiera lanzó un chispazo.

Sacudí la mano.

-¡Vamos! -grité-. ¡Hipnotízalas! iTienes que hacer algo!

Las cucarachas se acercaban a toda velocidad, emitiendo un horrible sonido.

Me quedé duro como una estatua. Desesperado, volví a sacudir la mano.

-Por favor, pcr favor

Pero el anillo seguía sin brillar, ni nada.

Miré rápidamente a mi alrededor. La puerta estaba muy lejos. No llegaría ni soñando. Recorrí con la vista los rincones más oscuros de la habitación. ¿Habría algún lugar donde pudiera esconderme?

Salí corriendo hacia otro rincón del pequeño cuarto, pero parecía que con eso lo único que lograba era excitar más a las cucarachas.

Se morían de ganas de comerme.

Oí el ruido que hacían sus piernas zancudas al rozar contra el piso de piedra. Ese sonido hizo que me invadiera el pánico.

-¡Luana! -grité-. ¡Ayúdame!

Pero ella no podía oírme porque yo estaba debajo de la tierra.

Nunca más saldría de allí.

Estaba perdido.

21

Miré mi anillo araña con ojos suplicantes.

-¡Vamos, vamos! -le rogué.

Pero el anillo no brillaba: había perdido sus poderes mágicos.

Ya no había nada que pudiera ayudarme.

-Sssssssssssss...

La cucaracha más grande se abalanzó sobre mí y sus antenas me rozaron la cara. Yo levanté la pierna y la pateé con todas mis fuerzas.

Le pegué en la pata de adelante, y oí un icrac! La cucaracha emitió un quejido agudo, y de la pata le salió un chorro negro y hediondo, que me salpicó la cara.

La asquerosa sustancia me entró en los ojos y me chorreó por las mejillas. El olor era tan repugnante que me provocó arcadas.

Me froté la cara con las dos manos. ¡Tenía que quitarme esa inmundicia!

En ese instante de distracción, la cucaracha más pequeña trató de apresarme con sus patas peludas, pero yo fui más rápido que ella.

-Yaaaa -grité, y le di un buen pisotón en la pata de adelante.

¡Crac!

El insecto cayó de espaldas, aullando de dolor.

-¡Toma esto! -vociferé, mientras le pisoteaba las otras patas. Empezó a chorrearle baba negra por todas partes.

-¡Espero que eso te enseñe a no hacerte la viva! La más grande avanzó rengueando hacia mí. Sus antenas oscilaban débilmente. Sujeté una antena, y tiré de ella con todas mis fuerzas.

Por fin, se la arranqué. Al tacto, la antena era escamosa como una serpiente y seguía vibrando.

La tiré al piso. ¡Qué asco!

La cucaracha se quedó tendida en el suelo, retorciéndose de dolor, pero aún no estaba muerta, y trató de golpearme con una de sus patas.

-¡No vas a poder! -exclamé.

Ya a esa altura me había puesto furioso; nunca en mi vida había estado tan furioso como en ese momento. Ya estaba harto de tener miedo.

Reuní las pocas energías que me quedaban, corrí directamente hacia la cucaracha y la pateé en el abdomen lo más fuerte que pude.

La cucaracha grande se arqueó hasta que quedó convertida en un ovillo. La pequeña hacía fútiles intentos por ponerse de pie.

-¡Me voy de aquí! -grité. Me toqué el gabán para cerciorarme de que la mosca aún estuviera ahí. Sí, iba a poder cumplir lo que le había prometido a Luana.

Corrí hacia la puerta, la abrí y la cerré de un golpe.

Por ahora, las cucarachas estaban fuera de combate, pero ¿qué pasaría si se recuperaban?

Entonces sí que me vería en problemas. -Mejor, me apuro -Mascullé.

Corrí por el túnel hasta llegar al desvío.

¿Cuál de los tres caminos tenía que tomar?

Traté de acordarme cómo había llegado hasta ahí.

Elegí el de la derecha y avancé de prisa. En una bifurcación, doblé a la izquierda, y luego a la izquierda otra vez.

¡Esperaba que fuera el camino correcto! Avancé a toda carrera. Las cucarachas no tardarían en volver.

Y luego...

A lo lejos, alcancé a divisar algo. ¿Era un rayo de luz? ¿Luz natural?

-¿Será la escalera? -susurré.

Sentía las piernas débiles y adormecidas, y mi respiración era cada vez más agitada.

Mientras corría por el túnel, me puse la mano en el bolsillo: ahora que estaba tan cerca de la salida, no podía, correr el riesgo de perder la mosca de oro.

¡Ya nada podría detenerme!

Por fin, estaba en la recta final, a unos pasos de la escalera. Reuní fuerzas para subir los escalones.

Entonces, sentí que algo me tironeaba la pierna.

Miré hacia abajo. Una inmensa rata gris se aferraba con los dientes a mis pantalones.

-¡Fuera! -le grité, sacudiendo la pierna. Pero la rata no se desprendió; seguía chillando con fuerza, rasguñándome con las patas traseras.

-¡Fuera! -repetí.

Sacudí la pierna con más bríos.

La rata salió despedida y se estrelló contra la pared, produciendo un ruido sordo.

Subí de a dos escalones, atravesé corriendo la pequeña habitación y abrí la puerta.

-¡Luana! -llamé-., ¡Luana! ¡Ya volví!

Me apoyé contra la puerta de piedra para recobrar el aliento. No había luna, y la noche estaba tan, pero tan oscura que apenas se veía. Sopló una brisa helada, y un escalofrío me corrió por la espalda.

-¿Luana? -llamé-. ¿Estás aquí?

Alguien me tomó del hombro. Me di vuelta. -¿La conseguiste? -preguntó, Luana, ansiosa-. ¿Conseguiste la mosca de oro?

Sentí que la cara me hervía. Después de todos los peligros que había corrido, a ella lo único que le importaba era esa estúpida mosca. Me mordí el labio para no gritarle.

-Sí, te conseguí esta mosca de porquería -dije entre dientes-. ¡Pero me engañaste! ¿Por qué no me dijiste la verdad? No era apenas una “mosquita". Era inmensa. ¡Casi me mata!

Luana se limitó a asentir con la cabeza. -Bien -murmuró-. Estuviste muy bien.

Ahora dame la mosca.

Yo estaba tan enojado que tenía ganas de mandarla al diablo, pero luego me acordé de sus poderes mágicos.

No quería que Luana se enojara conmigo. Me metí la mano en el bolsillo y saqué la mosca. La miré por última vez antes de entregársela. ¡Me había costado mucho hacerlo, pero lo hice! Había cumplido mi promesa.

Ahora, podía seguir con mi vida.

-Gracias 'dijo Luana, y observó detenidamente la mosca.

Luego, la tiró al suelo.

-¡Eh! -exclamé y bajé la escalera del panteón-. ¿Qué haces? ¡Pensé que necesitabas esa mosca! Creí que ...

-No la necesito -respondió ella, con calma.

-¿Qué dices? -Me quedé mirándola. -¿Entonces, por qué me hiciste pasar por semejante experiencia?

-No necesito la mosca -repitió Luana-. Necesitaba que gastaras todos los poderes de tu anillo.

Yo no entendía nada.

¿Cómo sabía ella que mi anillo tenía poderes?

De qué hablas? -pregunté.

-Todos los obstáculos que tuviste que superar ahí abajo fueron para que gastaras los poderes de tu anillo. ¿De veras no sabes quién eres?

-Por supuesto que lo sé: soy Jack Meyers.

Luana sacudió la cabeza.

-No. Eres Jacobus.

-¿Jacobus? -repetí. Sentí como si algo me apretara el pecho. -¿Qué diablos dices?

Luana me clavó la vista. Lentamente, sus labios se curvaron en una sonrisa.

-Eres Jacobus, el hijo del hechicero.

22

Sacudí la cabeza lentamente, y empecé a alejarme de ella.

-Estás loca -dije-, loca de remate. Yo me llamo Jack Meyers. Pregúntale a cualquiera.

-Veo que no me crees -insistió Luana-. Déjame explicarte

-Explícame lo que quieras, pero no vas a conseguir nada.

Luana me miró con los ojos entrecerrados.

-Siempre me tuviste envidia, Jacobus. Siempre. Me arriesgué para leer los libros de tu padre, temiendo que él me descubriera. Estudiaba sola, de noche. Pero tú... -dijo y me señaló con un dedo largo y huesudo- ...tú estabas demasiado ocupado con tus estúpidos caballos y tus estúpidas comidas. Entonces, nunca aprendiste un solo hechizo, ¡ni uno solo! -Mientras escupía las palabras, la cara se le ponía roja de furia.

Cuando tu padre me pescó en la biblioteca, tuvo miedo de mis poderes. No sabía cuánto había aprendido yo de sus libros, así que me encerró en esta tumba. Tú me seguiste, Jacobus.

Jacobus. Jacobus. Ese extraño nombre me traía recuerdos que tenía guardados en lo más profundo de mi mente.

De pronto, vi una habitación repleta de libros antiguos y polvorientos; un hombre alto, de barba larga y puntiaguda, que estaba absorto en la lectura; y una chica de ojos azules y tristes.

Era Luana.

Sacudí la cabeza.

-¡No es cierto! -murmuré-. ¡Es mentira!

-Eras muy cruel -me dijo Luana-. Una vez, me encerraste en un ropero durante tres días simplemente porque te saludé. Y, a veces, te empecinabas con que yo sólo debía comer migas de pan. Hacías eso porque sabías que tenía talento, y que tú nunca serías tan buen hechicero como yo.

Me invadieron más recuerdos extraños. Vi a Luana en una habitación pequeña y oscura, rogando que la dejara salir. La vi comer migas de pan, mientras me miraba en silencio.

¡Pero qué impertinente! ¡Cómo se había atrevido a hablarme!

Ahora, todo me volvía a la memoria: su osadía, su impertinencia. ¡Se merecía eso y mucho más!

Apreté los puños, esperando que ella continuara con su tonta historia.

-Después de encerrarme en esta tumba -dijo-, tu padre se preocupó por tu seguridad. Entonces, te envió a otro tiempo, y te dio otra forma. Además, por si yo alguna vez llegaba a escapar de mi prisión y te encontraba, te dio el anillo. Ese anillo podría haberme vencido, pero su magia, aunque poderosa, es limitada. Los hechizos que yo aprendí son eternos.

Me miré el anillo. Toda su magia se había esfumado, ¡por culpa suya!

Luana esbozó una pequeña sonrisa.

-Al viajar en el tiempo, perdiste la memoria. Te olvidaste de todo, incluso del poder del anillo, y viviste durante años en la calle Fear como Jack Meyers. No imaginabas que tu nombre, tu familia, toda tu vida, eran sólo una ilusión. Ni tampoco imaginabas que, en realidad, eras Jacobus, el hijo del hechicero más poderoso de la tierra.

Luana se rió. Eso me llenó de ira. ¡Cómo se atrevía a reírse de mí!

-Yo sabía que mi única esperanza era atraerte hacia mí. ¡Y fue tan fácil encontrarte! El anillo me envió una señal -continuó diciendo-. Entonces, lo único que tuve que hacer fue lograr que gastaras todo su poder. Y eso también fue fácil.

Me llegaban cada vez más recuerdos. Me miraba al espejo y veía a otro chico que no era el Jack Meyers flaco y bajito, aunque la cara era muy parecida. El chico que yo veía daba miedo: era alto y musculoso, y sus ojos echaban chispas de furia.

Mi cuerpo empezó a temblar. Un caudaloso torrente de energía me corrió por las venas.

Me miré las manos.

Eran más grandes, más fuertes.

Me toqué el pelo: estaba más enrulado.

Los músculos empezaron a sobresalir por debajo de mi camisa. Sentí un ardor en las piernas, que comenzaron a crecerme y a hacerse más robustas.

De pronto, tuve la sensación de que algo me tiraba hacia arriba y me hacía crecer.

¡Era como medio metro más alto!

¡Sí, era Jacobus, el hijo de Arlin!

¡Y de ningún modo permitiría que una campesina me hiciera esto!

Luana me miró de arriba abajo y suspiró con tristeza.

-Has regresado a tu antiguo cuerpo, Jacobus; pero, ahora, yo soy libre: puedo vivir la vida que tu padre me arrebató.

Tenía la mirada perdida, como si ya estuviera sentada con su familia, junto a una chimenea.

¡No podía hacerme eso a mí a Jacobus!

-Eso es imposible -dije con desdén-. El anillo recuperará su poder; entonces te encontraré y me vengaré de ti.

Luana frunció el entrecejo.

-¡Eso es lo que crees! -replicó. Su cara adoptó una expresión fría y dura.

Abrió la puerta del panteón.

¿Qué creía que hacía? ¡Seguía siendo la misma mocosa impertinente de siempre!

-¡No abras esa puerta! --ordené-. ¡Puede escaparse algo!

-¡O puede entrar algo!- exclamó ella, ¡y me empujó hacia adentro!

¡A mí, a Jacobus!

Luana era pequeña, delgada y débil; pero me había tomado por sorpresa.

Me caí hacia atrás, hacia el interior de la tumba.

-¡Hasta dentro de un siglo! -exclamó, y me cerró la puerta en la cara.

Quedé encerrado adentro, para siempre.

23

¡Luana! -grité, golpeando la puerta del panteón-. ¡No me hagas esto! ¡Perdóname! ¡No te castigaré! ¡Tienes que salvarme!

Entonces, oí el sonido que tanto temía: jsssssssss!

¡Las cucarachas!

El sonido venía de abajo. Seguramente me habían oído, y ahora trepaban por los escalones.

-Luana -Insistí-. ¡Sálvame! ¡Las cucarachas me comerán vivo!

Del otro lado, no se oía nada.

¿Me había dejado ahí, para que me devoraran las cucarachas?

¡Cómo podía hacerme eso! ¡Yo era Jacobus, el hijo de Arlin!

-Te protegeré de los bichos. -La voz de Luana llegaba débilmente a través de la puerta. -En agradecimiento por haberme reemplazado.

-¡Reemplazarte! ¡No! ¡No puedes! ¡Escúchame, Luana!

Empecé a golpear la puerta con los puños.

-¡Adiós, Jacobus!

Volví a golpear, esta vez con más fuerza.

¡Ella tenía que volver! ¡Era su obligación!

-¡Dijiste que me salvarías de las cucarachas! -vociferé.

No me respondió. -¡Luana!

Seguía sin responder.

-¡Me las pagarás! -grité-. ¡Ya vas a ver!

Pero, de pronto, la voz se me puso ronca. Casi no podía respirar.

Sentí la garganta obstruida, como si alguien me hubiera metido una media hecha bollo dentro de la boca.

No podía mover los brazos, ni tampoco las piernas. Era como si se me hubiesen convertido en piedra.

Me sentía muy pesado. Muy, pero muy pesado...

## 24

-¡Eh, Brittany, cortemos camino por el cementerio! -exclamó Penny Morris.

Brittany Carson frunció la nariz.

-No, ese lugar es terrorífico.

Penny tomó a su amiga del abrigo.

-Vamos, no seas tonta. Los fantasmas no existen.

Brittany revoleó los ojos.

-Bueno, está bien, pero apurémonos.

Penny atravesó el portón de hierro oxidado del cementerio, y Brittany la siguió. Una vez adentro, Brittany se puso la capucha de su abrigo.

-Parece que aquí hace más frío -murmuró-. Qué raro.

-Es sólo tu imaginación. Vamos -insistió Penny.

En el centro del cementerio, Brittany vio una casa extraña, de piedra.

-¿Qué es eso? -preguntó, señalando la casa.

-Es un panteón. ¡Genial! -dijo Penny-. Vamos a inspeccionar un poco.

Subió corriendo la escalera de piedra.

Brittany se quedó esperándola.

-Vamos, Penny. Este lugar es terrorífico. Quiero llegar a lo de Randi. ¡Van a empezar a ver la película!

Penny le hizo un gesto con la mano para que se callara.

-Espera un segundo. ¡Tienes que ver esto! -exclamó-. ¡Es muy extraño!

-¿Qué es? -preguntó Brittany, entrecerrando los ojos.

-Hay una cara tallada en la piedra -susurró Penny.

-¿Cómo? -preguntó Brittany, y subió los escalones del panteón para comprobar lo que decía su amiga.

En la puerta de piedra, estaba tallada la cara de un chico, que tenía pelo enrulado y mirada feroz.

Britanny se quedó mirando esa cara. Le recordaba a alguien, pero no sabía a quién.

Penny tocó la cara de piedra.

-Se parece un poco a Jack Meyers, ese chico que venía a nuestro colegio. ¿Te acuerdas? El y su familia desaparecieron de la noche a la mañana.

Brittany se estremeció.

-Sí, fue muy raro. ¿Qué les habrá pasado?

-Escuché que dejaron toda su ropa y sus muebles -comentó Penny-. ¡Quizá escapaban de la policía!

-Puede ser.

-¡Mira! -exclamó Penny-. Aquí hay un poema. Escucha esto:

Espero desde hace siglos
Encerrado en esta piedra
Para esta tortura eterna
Sólo existe una salida.
Si me besas en los labios,
Puedo volver a la vida.

Brittany suspiró.

-¡Qué romántico!

-Entonces, hazlo -dijo Penny, riéndose-. Besa la estatua.

-¿Por qué tengo que besarla yo?

Penny hizo una sonrisa pícara.

-Bueno, se parece un poco a Jack; y a ti te gustaba ese chico, pese a que era medio tonto.

Brittany se puso colorada.

-Mentira, no me gustaba.

Miró la cara de piedra.

-Vamos, bésala.

Brittany se inclino hacía adelante; luego retrocedió y se río.

-No puedo. Esto es una tontería.

-Ay, vamos- Penny parecía decepcionada.

-No.- Brittany sacudió la cabeza y empezó a bajar los escalones.- Volvamos ya, que se hace tarde...